

# Históricas Digital

Carlos Bosch García

“La insurgencia frente a la colonia”

p. 209-258

*México frente al mar. El conflicto histórico entre la novedad marinera y la tradición terrestre*

Carlos Bosch García

México

Universidad Nacional Autónoma de México/  
Coordinación de Humanidades/Instituto  
de Investigaciones Históricas

1981

476 p.

ISBN 968-58-0083-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/180/mexico-mar.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## CAPÍTULO V

### LA INSURGENCIA FRENTE A LA COLONIA

1. La dualidad del periodo insurgente
2. La inversión de la tradición histórica, de tierra a mar
3. La llegada inoportuna de la nao filipina
4. Los hombres de mar apoyaron a San Diego y se enfrentaron a los de tierra
5. La rendición de San Diego
6. El abandono de Acapulco a los realistas
7. Las disputas sobre Acapulco y la interrupción del ciclo marítimo en el Pacífico
8. La insurgencia gravitó en las costas del Caribe.
9. Relación de insurgentes y corsarios en el Golfo; el primer barco insurgente
10. La relación de la insurgencia con Nueva Orleans
11. Francisco Javier Mina llegó desde Nueva Orleans
12. Su viaje a América y la preparación para la expedición
13. La salida a Soto la Marina.
14. La vigilancia colonial de la costa.
15. La disputa por Nautla y la costa
16. La comunicación marítima insurgente
17. Las provincias unidas de Sudamérica en ayuda de los insurgentes
18. Los corsarios y el origen de la marina nacional mexicana
19. Conclusiones



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## 1. *La dualidad del periodo insurgente*

La tranquilidad interna aparente de la Nueva España dejó de serlo con la insurgencia y la declaración de la independencia, corolario de procesos que no viene al caso describir dada la naturaleza de esta obra, los unos internos y los otros externos, que tuvieron lugar en la Península. Los procesos que se dieron en la Nueva España proporcionaron el disparador para el estallido de las quejas internas que culminaron en el levantamiento de Miguel Hidalgo y Costilla, que llevó al Grito de Dolores.

La Nueva España recibió la noticia de que la metrópoli estaba ocupada por fuerzas napoleónicas, que los reyes habían abdicado en favor de Napoleón y que, detenidos, fueron llevados a Bayona a la vez que los consejos y los tribunales obedecían a Murat, nombrado lugarteniente general del reino.

La barca Ventura, al llegar al puerto de Veracruz el 15 de julio de 1808, fue portadora de las noticias que se publicaron al día siguiente en la capital novohispana. La Ventura trajo las gacetas de Madrid de los días 13, 17 y 20 de mayo que, por su contenido, causaron consternación. El ayuntamiento mexicano deliberó de inmediato con el resultado de proponer al virrey que, como la soberanía correspondía tradicionalmente a todo el reino y a las clases que lo forman y de manera especial a los tribunales superiores que gobiernan y administran justicia y a los cuerpos que llevan la voz pública, éstos la conservarían con energía como un depósito sagrado.

El paso del ayuntamiento se consideró como una osadía por los oidores, que no deseaban tener que definir situaciones, mientras el pueblo novohispano aplaudió la tesis del ayuntamiento. Más tarde llegaron las noticias sobre el establecimiento de las juntas revolucionarias españolas en contra del dominio francés, que también daban al pueblo el derecho de usar su soberanía para nombrar a sus gobernantes. Postura esta representada por las Cortes de Cádiz que se reunieron en 1812.

Los opuestos a cambios de sistemas dieron un golpe de Estado y asaltaron el palacio apresando al virrey Iturrigaray, al que embarcaron hacia España, desde Veracruz, puerto al que llegó el 21 de septiembre de 1808. Pero a la vez que dieron el golpe de Estado nombraron virrey al mariscal Pedro Garibay, que envió a Melchor de Talamantes al castillo de San Juan de Ulúa donde vivió y murió con grillos. A la vez murió misteriosamente en su prisión el licenciado Verdad, regidor del ayuntamiento, entre otros.

Los años que siguieron fueron de reacción y vigilancia, incluso después de que la junta central de España había nombrado virrey al arzobispo Francisco Javier Lizana.



Barra de Soto la Marina en La Pesca (Laguna Almagre) Fot. C. B. G.

Se intensificaron las conspiraciones y entre ellas la de Valladolid, en septiembre de 1809, preparada por personalidades de renombre como Mariano Michelena, el capitán García Obeso, Vicente de Santa María y otros y al fin de la línea vino la de Querétaro de 1810, que culminó con el Grito de Dolores, dado por el párroco Miguel Hidalgo y Costilla en la noche del 15 al 16 de septiembre, a los dos años de que había sido aprehendido el virrey Iturrigaray junto con los representantes del ayuntamiento que luchaba por la soberanía.<sup>1</sup>

La abdicación de los reyes españoles en favor de Napoleón planteó a España tres problemas fundamentales que resolver. El primero fue determinar cuál sería la comunidad civil titular de la soberanía que había de asumirla; el buscar la manera de nombrar el organismo encargado del poder soberano y, finalmente, el determinar si ese organismo debería de ejercer la soberanía en nombre de Fernando VII, mientras duraba su cautiverio, o simplemente si era el titular ordinario del poder soberano. Los mismos problemas que se plantearon en España se plantearon también en la Nueva España donde se acudió a tesis colonialistas, comunales, provincialistas y confederales, conservadoras y liberales, que manejaron el problema de acuerdo con cada uno de sus principios.

A la par que en España se resolvieron los problemas con la instalación de las juntas de gobierno, lo mismo se intentó hacer en América. Pero la aparición de la junta de Castilla, como junta central, que intentó supeditar a todas las demás volvió hacia la centralización y, al tratar de imponerla en el continente americano provocó y favoreció las posturas independentistas.

La Nueva España entró así en un periodo de dualidad en que tuvieron que enfrentarse la colonia, representada por sus funcionarios, con poder derivado de los reyes presos, y los insurgentes, que lo derivaban de las viejas instituciones jurídicas españolas y del concepto de soberanía popular representados en las Cortes de Cádiz y sus antecedentes. El enfrentamiento de esos dos conceptos se representó en la Nueva España por medio de la lucha habida entre 1810 y 1821 en que se terminó por instalar el primer imperio mexicano, encabezado por Iturbide.

## 2. *La inversión de la tradición histórica, de tierra a mar*

De hecho, la revolución de independencia, que se originó en provincias interiores del país, trastornó la dirección general de los movimientos históricos, que se aprecia durante el curso de este estudio, que va desde las costas hacia el interior de la Nueva España. Con la independencia, esa dirección general se invierte y la relación se

<sup>1</sup> Félix F. Palavicini, *México, historia de su evolución constructiva*. México, Distribuidora Editorial "Libro", S. de R. L., 1945, t. I, p. 184.

establece desde el interior hacia los puertos, que en esta forma cambian el sentido que habían tenido hasta esas fechas. Quizá pueda hacerse la reflexión de que a ese cambio se debe el hecho de que el interés por los puertos y por el mar decaiga o desaparezca durante el siglo XIX, pues el mar y los puertos no volvieron a tener la importancia que representaron hasta entonces.

Pero la independencia tenía que extenderse. Las campañas de Hidalgo se limitaron a las tierras frías de México, en su zona central, y fue José María Morelos el cura de Cuarcuaro quien, encargado por Hidalgo en el pueblo de Charo, inmediato de Valladolid, recibió la orden de levantar tropas en las costas del sur para proceder como su lugarteniente y tomar Acapulco de acuerdo con las instrucciones que se le dieron de manera verbal.

Por su importancia económica y su prestigio, el puerto de Acapulco, como punto de partida hacia las Filipinas y geográficamente el más cercano a la capital desde el Pacífico, tenía que convertirse, lógicamente, en la meta de mayor interés para Morelos, y ello concordaba con las instrucciones recibidas de Hidalgo. Con movimientos estratégicos bien llevados, a la vez que reunía los recursos humanos y materiales para la campaña, ocupó Coyuca y avanzó sobre el Aguacatillo el 9 de noviembre de 1810, para establecerse a diez kilómetros del puerto. El día 11 llegó a Pie de la Cuesta y libró el primer combate con las fuerzas de la guarnición al mando de Luis Calatayud el día 13. Al no poder tomar el fuerte de San Diego sin contar con la artillería suficiente, se conformó con sitiar la plaza y bloquear en esa forma su comunicación terrestre con la capital. Situó fuerzas en la Sabana y en las Cruces, en el Marqués y en la Cuesta, con lo cual tendió una red en torno al enemigo a fin de aislarlo y dejarle el mar como única salida.

El puerto estaba en 1813 al mando de Pedro Antonio Vélez que, a pesar de contar con una pequeña fuerza de hombres, disponía de cañones con mayor alcance que los de los insurgentes. Contaba con la vigilancia del mar y disponía de dos bergantines, el San Carlos y el Guadalupita.

Morelos, después de seguir otras campañas, volvió para el ataque principal de los insurgentes: se lanzó el día 6 de abril de 1813, después de haber anunciado el ultimátum requiriendo la rendición de la ciudad. Una semana fue suficiente para que Morelos la rodeara en forma y a la mitad del mes estaba en sus manos. Morelos emprendió entonces el segundo paso del ataque, consistente en la toma del castillo, convertido en el último reducto de las fuerzas coloniales en la costa sur de México. Aun cuando se consiguió sitiar el castillo, la falta de artillería pesada impidió la toma y tampoco pudo interceptar la entrada de vituallas y pertrechos que desde la isla de Roqueta eran entregados. Para ello en la noche del 8 al 9 de junio, Pedro Galeana e Isidro Montes de Oca, desembarcaron a ochenta hombres, que lograron capturar la isla y hacerse de la nave Guadalupita. El cerco seguía cerrándose aun cuando no se lograra inutilizar el castillo.



**Laguna de Almagre y Barra de Soto la Marina (La Pesca) Fot. C. B. G.**



### 3. *La llegada inoportuna de la nao filipina*

En el año de 1812 los problemas continuaron y se agravaron; encima de la situación interna provocada por el sitio de Acapulco, se debía prever lo que pudiera ocurrir con la nave de las Filipinas cuya llegada se avencindaba y, por supuesto, Acapulco no era el lugar más idóneo para que fondeara.

La nao Rey Fernando llegaba al puerto de Acapulco y las órdenes sobre su descarga fueron contradictorias: se dudó si debería hacerlo en San Blas o en Guaymas, pero el viaje duraría lo suficiente para que llegara en tiempo de aguas, cuando no podría descargarse pues la población se habría retirado. Llevar las mercancías a Guadalajara significaba hacerlas cruzar territorios no pacificados; dejarlas en el apostadero significaba poco menos que abandonarlas. Buscaron la solución trasladando fardos a otras naves para aminorar la pérdida y ello se hizo pasándolos a los bergantines San Luis Gonzaga, Mexicano y San Carlos. El Rey Fernando con lo que le quedó de sus mercancías filipinas llegó al puerto de San Blas para fondear el 13 de enero de 1813 reducida prácticamente a la miseria, con más de la mitad de su tripulación enferma.<sup>2</sup>

### 4. *Los hombres de mar apoyaron a San Diego y se enfrentaron a los de tierra*

En derredor de Acapulco, durante el asedio, se movió un buen número de barcos que trataron de apoyar la resistencia del puerto y del castillo, pero los realistas prestaron poca ayuda a la plaza y ésta llegó a pedirla incluso a Guayaquil por medio del falucho San Vicente, que estaba en lamentable estado. La costa del sur cayó toda en manos de Morelos hasta que sobrevino el ataque directo previa la extensión del cerco al mar. A pesar de todos los esfuerzos de Pedro Antonio Vélez, responsable de la plaza, por mantener su comunicación con el exterior y garantizar la posibilidad de evacuar su gente en el momento debido, el castillo llegó a ser un

enjambre donde con dificultad se amparan soldados y habitantes, donde el calor asfixia en los cubos sin ventilación y el hacinamiento resulta insoportable, donde la adquisición del agua se complica porque, para tenerla, hay que abandonar el recinto hasta un manantial cercano, y porque el escorbuto y la peste hacen presa de los sitiados. La temporada de lluvias se inicia, si bien los defensores con ella sacian la sed, en cambio la humedad aumenta; los sitiadores, a su vez, vense

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 100.

asediados por plagas de mosquitos y enfermedades tropicales transmitidas por ellos, amén de que su aprovisionamiento se les dificulta.<sup>3</sup>

La situación del castillo era mejor mientras la isla de la Roqueta estuvo en manos de los colonialistas y desde ella recibían, por medio de 14 canoas y dos lanchas cañoneras, las provisiones de agua, sal y de madera que necesitaban. Además era el lugar para instalar las familias de la población que se enfermaban, amén de permitir la entrada de los auxilios marítimos. Todas esas facilidades se perdieron cuando Morelos decidió tomar la Roqueta y lo logró Pablo Galeana la noche del 8 al 9 de junio de 1813, haciendo un botín de tres cañones, parque, armamento, once canoas y la goleta Guadalupe.<sup>4</sup> Tomada la isla de la Roqueta, ella sirvió para que Galeana y su gente atacaran a cuanto navío apareciera en la bahía acapulqueña; entre ellos, el bergantín mercante Alcázar, procedente de San Blas, con pertrechos para el castillo y el puerto, que fue atacado y pudo rechazar el abordaje. Lo mismo sucedió con el San Carlos una semana antes, en que las canoas de Galeana trataron de atraparlo tras de haber suministrado víveres al castillo. Los navíos que intervinieron para aliviar la situación del castillo y del puerto ante el ataque de Morelos fueron el Alcázar, el San Carlos y la fragata Princesa. Todos ellos tuvieron que hacer un trabajo poco cómodo pues, al no poder entrar con libertad al puerto, tenían que mantenerse a la vista de él y, estando a la vela, descargar lo que llevaban con los riesgos consabidos, además de aguantar el choque de los temporales, que ya estaban presentes, por la estación en que se hallaban.

La fortaleza estaba, sin duda, en plena congoja cuando Morelos envió su ultimátum a fines de junio:

las angustias de los sitiados se multiplican: “acabada la leña, no tienen fuego con que calentarse; disminuida el agua, la que existe apesta; los víveres se racionan; la intemperie incómoda, las enfermedades se esparcen todavía más. Las deserciones no se hacen esperar, y los muertos son conducidos a diario —durante una tregua respetada— por el puente levadizo hasta la fosa que circunda a la ciudadela, donde se les deposita”. Vélez trasmite sus apuros en su carta a Antonio de la Reguera: las necesidades de la fortaleza aumentan al paso que dura el sitio: “la peste como causa consiguiente está introducida entre nosotros, que el mes anterior han fallecido sobre doscientos de todas edades y sexos; la deserción y desaliento se experimentan ya como nunca: víveres no faltan para tres meses aunque sin grasa ni sal para condimentarlos, pero ¿qué haremos con ellos sin leña para cocerlos?; consumido el cureñaje inútil, y canoas perdidas, empezaré dentro



Escollera de Tampico, río Pánuco.  
Fot. C. B. G.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 101-10.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 112-3.



de dos días a hacer uso de cuanto mueble de madera encierra el castillo, como último recurso. . .” Cuando hacia mediados del mismo julio llega el Alcázar, ni eso lo consuela, porque múltiples resultan las dificultades a veces para lograr el desembarco de las provisiones que transporta; dirá que “en un largo mes he consumido y estoy consumiendo cuantos repuestos útiles de artillería encerraba esta fortaleza, y la leña que produjeron dos lanchas cañoneras y cuatro canoas que sobre un temporal se arruinaron en el atracadero en que como único punto de resguardo podía tenerlas”, el barco entra a la bahía a pesar de las providencias de los insurgentes; la comunicación se establece mediante canoas y señales, pero la nave está expuesta al abordaje.<sup>5</sup>

En esa situación, que fue empeorando, oficiales y soldados se fugaron del castillo sitiado y sirvieron para informar a los insurgentes de la situación real interna observada en el castillo. Por ejemplo, pudo ajustarse una capitulación, previas conversaciones entre insurgentes y colonialistas, en el momento en que los primeros estaban terminando una mina para volar el castillo de San Diego.

## 5. *La rendición de San Diego*

Los meses de verano afectaron a las tropas insurgentes; el exceso de calor y las enfermedades aumentaron los sufrimientos de quienes mantenían el cerco. La solución de incendiar la fortaleza se descartó por el temor a perjudicar mujeres, niños y viejos que en ella se refugiaban. Por ello, se decidió rodear completamente el castillo en la noche del 17 de agosto y bombardearlo. El fuego de cañón se mantuvo continuo y, al amanecer, se preparaba el asalto. El ataque mostró la inutilidad de continuar la resistencia y Vélez consintió firmar la entrega el 19 de agosto.

Los términos de la rendición fueron benévolos por tratar de atraer a la población indígena del castillo para que se pasara a las líneas insurgentes, mientras se concedieron pasaportes a los españoles con el fin de que pudieran retirarse, como vimos, con la promesa de no reunirse con las fuerzas realistas.

Al día siguiente de firmarse la rendición, ondeó la bandera insurgente sobre el castillo de San Diego de Acapulco.<sup>6</sup>

La epopeya de Acapulco no fue cualquier cosa. La población entera sufrió las consecuencias. La ciudad era vigilada constantemente por los insurgentes durante el larguísimo asedio:

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 120.

<sup>6</sup> Wilbert H. Timmons, *Morelos. Priest, Soldier, Statesman of Mexico*. El Paso, The University of Texas, 1970, p. 80-2.

los enemigos aparecen diariamente a las inmediaciones, pero no se atreven a introducirse en las calles, ni aun siquiera en los arrabales de la ciudad, imponiéndoles respeto cincuenta hombre bien armados de la compañía fija y piquete de milicias, que se destinan todas las noches para que, hechos fuertes en emboscadas, lo escarmienten si se atreven a hacer alguna tentativa para incendiarla, como tienen proyectado. . .<sup>7</sup>

Por el otro lado, Juan Molina, cirujano primero de la real armada, comentaba:

este puerto sigue bloqueado y nosotros llenos de trabajos: hace tres meses que no hay carne fresca, y las pocas gallinas que entran por la mar se venden ocho y diez pesos. . . en los dos hospitales existen cuatrocientos enfermos y cerca de doscientos en los cuarteles; el vecindario está la mayor parte enfermo, de suerte que no se oyen más clamores.<sup>8</sup>

Tres meses más tarde la situación continuaba igual, pues entre los mismos correspondientes se volvía a comentar:

esto sigue cada día más malo: todos los víveres carísimos y así, amigo, esto no es vivir. . . casi todas las noches nos incomoda el tiroteo de estos malvados. . .<sup>9</sup>

Las noticias sobre la situación se confirmaban por el extremo opuesto. El propio Morelos dejó constancia:

hasta esta fecha hay cinco barcos en el puerto, que son: la nave Rey Fernando y dos balandras, una goleta que llegó con víveres de Californias antes de ayer, y otra con víveres de la Palizada; tiene muy poca gente y mucha peste según he percibido con la vista, y todo lo prueban siete desertores enfermos que, de su guarnición, con dos fusiles se me han presentado: al paso que la guarnición de este cantón a distancia de tres leguas disfruta la más robusta salud, de cuyos beneficios doy al conservador incesantes gracias. Mañana dirijo una división para Palizada con objeto de quitar al enemigo este recurso de víveres y tomar la sal labrada que tiene por esa costa, pues nos hace falta. . .<sup>10</sup>



Río Pánuco hacia el puerto de Tampico.  
Fot. C. B. G.

<sup>7</sup> Enrique Cárdenas de la Peña, *Semblanza marítima de México independiente y revolucionario*, t. I, p. 98.

<sup>8</sup> Carta a Sebastián Morón, vecino de México, Acapulco, 16 de septiembre 1811, en Enrique Cárdenas de la Peña, *op. cit.*, p. 99.

<sup>9</sup> *Ibidem*, 28 de noviembre y 8 de diciembre 1811, *op. cit.*, p. 99.

<sup>10</sup> *Ibidem*, José María Morelos, cuartel general en el Veladero, 23 de octubre de 1811, *op. cit.*, p. 99.



Dunas de Tampico. Fot. C. B. G.

Por otra parte se tiene noticia de que la lista de pasajeros y oficiales mayores, que murieron en Acapulco, entre agosto y diciembre de 1811, fue impresionante, pues de los setecientos sepultados doscientos setenta y dos fueron soldados.<sup>11</sup>

El 19 de agosto, Morelos y Vélez firmaron la capitulación formada por diez artículos donde se hablaba de la salida de oficiales, de los europeos y de sus pasaportes, del acarreo y traslado del tesoro, de la entrega de la fortaleza completa con toda la artillería, armas, municiones, víveres y del olvido completo de todo lo acontecido en la lucha, comprometiéndose, mutuamente, a no denigrar ni zaherir a ninguna persona. El comentario final de la capitulación constituyó un verdadero llamado de atención hacia la modernidad y a las nuevas filosofías que se delineaban en el continente americano, al afirmar que ese acto sería un testimonio de que las tropas americanas “saben guardar el derecho de gentes y tratan con indulgencia a los que se rinden, especialmente cuando sólo en acción de guerra usan de las armas. . .”<sup>12</sup> El epílogo fue que el propio comandante Pedro Antonio Vélez entregara las llaves del castillo el día 20 de agosto de 1813, después de haber resistido el asedio durante cuatro meses y diecisiete días.

## 6. *El abandono de Acapulco a los realistas*

Continuó la guerra de insurgencia en el interior hasta entregarse en la cuarta campaña de Morelos en la que fue derrotado de manera muy especial en la hacienda de Puruarán, que se caracterizó por el acoso de las fuerzas realistas y la huida de Morelos. De las derrotas salió en busca de refugio en el sur su lugarteniente Matamoros, perseguido por José Gabriel Armijo que perforó la línea de defensa insurgente en el río Balsas. El congreso fue obligado a abandonar Chilpancingo, y los realistas sorprendieron lo que quedaba del ejército insurgente en las cercanías de Tlacotepec el 24 de febrero de 1814.

La ciudadela de Acapulco cambió de castellanos, de manos de Pedro Iturrigaray pasó a las de Patricio Fernández Giráldez el 24 de enero del año mencionado: Morelos, situado en el Veladero habría de ir hacia Zacatula. El puerto preparaba una expedición marítima para, con víveres y refuerzos, apoyar el ataque de las fuerzas de Armijo, y el virrey ordenó que dos barcos auxiliaran la plaza, entre ellos la corbeta Santa Potenciana, que fue sustituida por el San Carlos y por la corbeta Bretaña. Esta última, que venía de Lima armada en corso y que había salido de Puña de Guayaquil para llegar con su cargamento de cacao a Acapulco a mediados de enero de 1813, al ver ese puerto en manos de insurgentes se dirigió a San Blas.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 99.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 124.

Con la amenaza de las fuerzas de Armijo, Morelos anunció en 26 de marzo de 1814 el desmantelamiento y abandono de Acapulco y el 19 de abril ordenó a su teniente coronel Isidoro Montes de Oca que procediera al incendio total en represalia a la muerte de Matamoros; ordenó, además, que se fusilara cuanto prisionero realista estuviera en el castillo. Los actos trágicos tuvieron lugar durante el 10 y 11 de abril, cuando Montes de Oca inició el incendio y se fue a Pie de la Cuesta, entregando el mando al capitán Francisco Mongoy, quien sembró el terror, justo antes de que Armijo volviera a tomar la plaza donde advirtió sólo la miseria y la desolación de las familias que se retiraban espantadas del poblado.<sup>13</sup>

Morelos tampoco logró la absoluta seguridad de Acapulco mientras estuvo en sus manos, pues, poco antes de que se incendiara la plaza por orden suya, se fugaron prisioneros apoderándose del único barco (Guadalupe) a disposición de los insurgentes, y quedándose sólo la canoa Liebre en su poder. En el Guadalupe salieron varios frailes en unión de Vicente Ortigosa, dueño del barco, y de Tomás de los Santos, su contra maestre, que se apoderaron de la goleta, capturada en la isla durante la noche del 21 de febrero. Salieron rumbo a Zihuatanejo, donde tuvieron mal viento que los obligó a tomar altura sin ver tierra hasta el 23 de marzo, cuando ya faltaban agua y víveres. Pasaron al puerto de San Telmo, donde fondearon por cuarenta y ocho horas frente a la boca de Apisa y salieron para San Blas.



Playa de Tampico. Fot. C. B. G.

## 7. *Las disputas sobre Acapulco y la interrupción del ciclo marítimo en el Pacífico*

Acapulco quedó en manos realistas durante el resto de la contienda y ellos intentaron volver el puerto a un estado de normalidad reparando castillo y puerto.

Para reparar la fortaleza y población de Acapulco, la ruina ocasionada en aquellas fábricas por el incendio y destrucción que de ello hicieron los insurgentes es de necesidad reunir albañiles, carpinteros, herreros, armeros y gente que sirva de operaria, pues debiendo revocar los quebrados que a fuego de cañón sufrió la fortaleza -aunque no se inutilizó con esto la máquina ni los ángulos principales-, exigen brazos que lo verifiquen; que restituyan parte de la cañonería que se mantiene dispersa en varios puntos fortificados, antes del enemigo; igualmente, para reponer las puertas y puente levadizo del castillo: formar nuevo tejado al hospital y capilla, proteger la quema de cal, acopiar madera y reformar las precisas canoas para que sirvan en transportes. . .<sup>14</sup>

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 129-30.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 131.



Armijo pidió, en consecuencia, lo necesario para todas las reparaciones a San Blas y de allí se pidieron las instrucciones al virrey Calleja sobre si era conducente enviar el material solicitado y en qué buque podía hacerse.

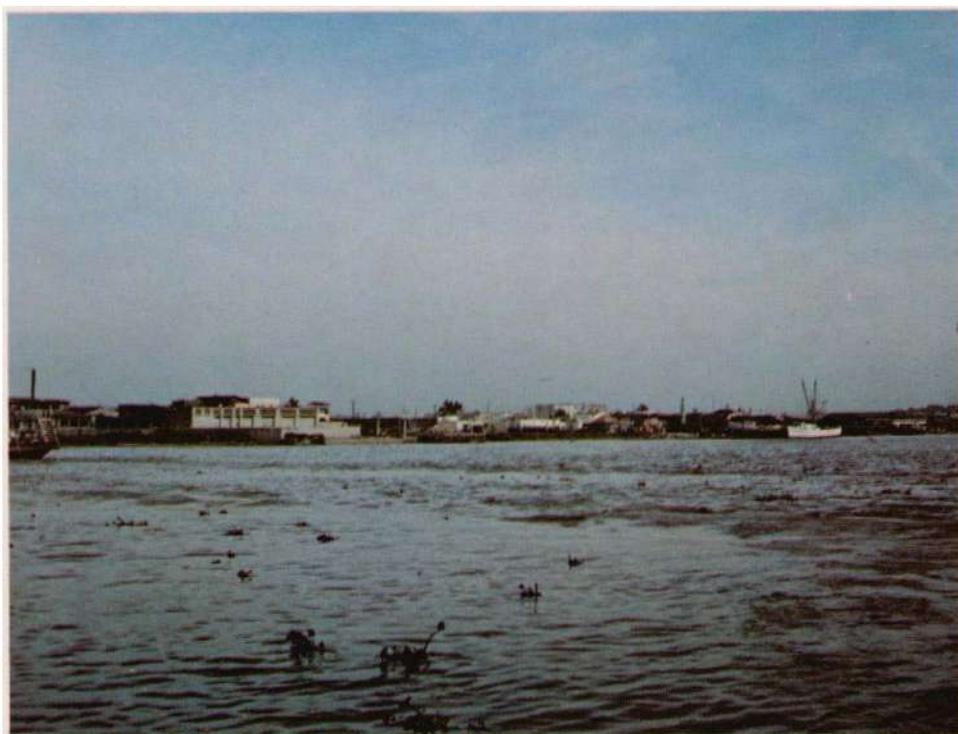
Los años subsiguientes fueron de resaca para la insurgencia y siguieron las órdenes reales referentes a la navegación. De entre ellas tuvo un significado muy especial el decreto de 23 de abril de 1815 en el que el rey, deseando proporcionar los medios necesarios para promover la prosperidad y el fomento del comercio de las islas de Oriente, y en vista de los informes que había recibido por parte del diputado Ventura de los Reyes, había decidido aprobar el decreto de “las llamadas cortes extraordinarias de 14 de septiembre de 1813 por lo cual determinaron que quedase suprimida la nao de Acapulco dejando a esos habitantes en libertad de hacer su comercio en buques particulares”.<sup>15</sup> Con este decreto, de hecho, se aceptaban los principios liberales del libre comercio, pero también se terminaba la línea tradicional de navegación que ligó a Acapulco con las Filipinas y que era el tramo final de la navegación Atlántico-Nueva España-Pacífico. Nunca jamás se volvió a restaurar ese nexo marítimo y nunca más el puerto de Acapulco volvió a tener la importancia que, como tal, le dio ese comercio.

Montes de Oca, que militaba a las órdenes de Vicente Guerrero en 1816, acometió atrevidas incursiones en territorio acapulqueño, donde José Gabriel Armijo disponía de una división con 2651 hombres. El puerto fue aislado y su camino interceptado en repetidas ocasiones durante el año de 1818, hasta el punto de que Juan Ruiz de Apodaca llamó la atención de Armijo ordenando que terminara con Guerrero y sus fuerzas. Como no lo creía capaz de cumplir esas órdenes, lo relevó sustituyéndolo por Agustín de Iturbide, quien en 27 de octubre de 1820 se dirigió hacia el sur. Después de las entrevistas entre Iturbide y Guerrero la bandera tricolor ondeó en el castillo de San Diego el 28 de febrero de 1821 y fue saludada con salvas, disparos de fusilería y repique de campanas, siendo motivo de regocijo popular.

Todavía hubo de pasar Acapulco por otra embestida de las fuerzas realistas, producida esta vez por la entrada del teniente coronel Francisco Rionda en entendimiento con el primer alcalde del puerto, José María Ajeo, que puso la fortaleza a la orden de las fuerzas realistas el 15 de marzo de 1820. Poco antes arribaron las fragatas de guerra Prueba y Venganza procedentes de América del Sur, cuyos capitanes fueron encargados por Apodaca de quitar el puerto a los insurgentes.

También llegó a puerto el 25 de enero de 1821 la fragata mercante americana Luisa, procedente de Río de Janeiro, que llevaba armas para los insurgentes y se puso en comunicación con Iturbide pero, por haberse firmado el tratado de navegación y comercio entre Estados Unidos y España en 1819, se vieron forzados a entregar los

<sup>15</sup> Garabana, *Artes de México*, núm. 1/4, p. 68.



Puerto moderno de Tampico sobre el río Pánuco. Fot. C. B. G.

tusiles a las fuerzas conservadoras y a salir de inmediato del puerto con toda su tripulación y cargamento, excepto los mil fusiles que no se le devolvieron.

Finalmente, se estipuló la entrega de las plazas fuertes en los tratados de Córdoba. Acapulco claudicó el 15 de octubre de 1821 en consecuencia de lo en ellos estipulado y fue Juan Álvarez, en representación de Isidoro Montes de Oca, quien recibió la ciudad y la fortaleza en nombre del gobierno imperial iturbidense.<sup>16</sup>

## 8. *La insurgencia gravitó en las costas del Caribe*

La historia de la conquista del puerto y fuerte de Acapulco resolvió para la insurgencia la comunicación entre el México independiente y los territorios y nacio-

<sup>16</sup> Enrique Cárdenas de la Peña, *op. cit.*, p. 131-3.



nes del Pacífico. Sin embargo, no escapó a los insurgentes la importancia capital de las costas del Golfo, que a todas luces habían sido el lazo tradicional promotor de la historia de México en las épocas pasadas. Por otra parte, debe considerarse que la política colonial, así como la nacional también a partir de esas fechas, dependió de la metrópoli, que representó el trazo de la influencia europea en la Nueva España y que, adicionada por las demás naciones de Europa y Estados Unidos, caracterizaría el nexo de nuestro país con el mundo occidental, cultura de la que se dependería durante el siglo XIX.

Tal parece confirmarse cuando uno se fija en cómo Morelos intentó establecer a la mayor brevedad los contactos que las circunstancias pusieron en su camino para entablar relaciones con el mundo occidental del que, de nuevo en el periodo independiente, surgirían las directrices de los destinos nacionales de México.

Viene al punto recordar que en el proyecto dado por Morelos para la Constitución (1813), se estableció en el número 16 que

nuestros puertos se franqueen a las naciones extranjeras amigas, pero que éstas no se internen al reino por más amigas que sean, y sólo haya puertos señalados para el efecto prohibiendo el desembarco en todos los demás, señalando el diez por ciento u otras gabelas a sus mercancías.

Seguía Morelos en su preocupación por el mar al establecer en el punto 21 del mismo documento que

no hagan expediciones fuera de los límites del reino, especialmente ultramarinas, pero que no son de esta clase propagar la fe a nuestros hermanos de tierra dentro.<sup>17</sup>

Morelos tuvo ya la preocupación por la relación con el exterior porque a través de ella entreveía la posibilidad de aprovisionarse de toda clase de pertrechos para las campañas que se llevaban a cabo. Había además un concepto romántico del papel que podría desarrollar Estados Unidos como el primer país americano que había declarado su independencia y se pensaba que, por lógica, tendría que ayudar a los movimientos independentistas de las naciones latinoamericanas. A ello respondió la secuencia de seudodiplomáticos aventureros que se despacharon hacia Estados Unidos de los que pocos llegaron a su destino, pues unas veces se quedaron en el camino y otras desaparecieron.

A la vez que esa relación con el exterior podía facilitar la llegada de pertrechos por mar, también podía interceptar las líneas de aprovisionamiento de los enemigos

<sup>17</sup> Ernesto de la Torre Villar, Moisés González Navarro, Stanley Ross, *Historia Documental de México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1974, t. II, p. 111-2.

coloniales. De manera clara resalta el tema, y la falta de numerario del grupo insurgente. Del texto de la carta de Morelos al mariscal Ayala en 17 de febrero de 1813 se desprende:

. . .por acá se abordó otro barco a Puerto Angel, y es vista su apuración; para resolver al comandante de la Fidelidad es preciso se me de a mí cuenta, y de ningún modo se le resuelva, aunque sea lisonjera o vista la venta que proponga, y lo mismo se debe entender con cualquiera otro barco y nación. . . , el angloamericano me ha es rito a favor, pero me han interceptado los pliegos, y estoy al abrir comunicación con él y será puramente de comercio, a feria de grana y otros efectos por fusiles, pues no tenemos necesidad de obligar a la nación a pagar dependencias viejas, ilegítimamente contraídas y a favor de nuestros enemigos. Ya no estamos en aquel estado de aflicción, como cuando comisioné para los Estados Unidos al inglés David con Tabares, en cuyo apuro les cedía la provincia de Texas. Ya estamos en predicamento firme: Oaxaca es el pie de la conquista del reino; Acapulco es una de las puertas que debemos adquirir y cuidar como segunda después de Veracruz; pues aunque la tercera es San Blas, pero adquiridas las dos primeras, riase V. S. de la tercera. . .<sup>18</sup>

Pero la verdadera conexión de la insurgencia debía ser por el levante y para ella era fundamental la posesión de Veracruz, su puerto clave, como lo expresó Tadeo Ortiz el 18 de junio de 1812 desde Nueva Orleans, porque tendría la particularidad de ofrecer un punto de comunicación con México, por donde se podrían introducir armas y aun tropas si fuera necesario y también buques para los puertos y costas. A Rayón le dijo, haciendo hincapié en el mismo tema, que los gobiernos europeos tenían interés en que se tomara un puerto de mar, si no fuera el de Veracruz, Tampico u otro cualquiera del Seno Mexicano.<sup>19</sup>

Morelos se hizo eco de la preocupación e incluso estableció relación con el comandante Holmes Coffin de la fragata Aretusa anclada en Antón Lizardo, cerca de la isla de Sacrificios. Al parecer un capitán insurgente, Agustín Niño, le había dicho que el comandante estaba dispuesto a negociar un tratado de comercio, entre su país y los insurgentes, y que el propio almirantazgo británico había aceptado que los insurgentes pagaran por fusiles, pistolas y sables. Tiempo después resultó que los informes recibidos por Morelos eran falsos y que el comandante del Aretusa no estaba autorizado a firmar ni a comprometer tales tratados, ofreciendo en cambio actuar de intermediario para que se reconciliaran insurgentes y colonialistas. Poco después de que el comandante ofreció sus buenos oficios a Morelos, la correspondencia habida entre ellos fue a dar a manos de las autoridades españolas.

<sup>18</sup> Enrique Cárdenas de la Peña, *op. cit.*, t. I, p. 136.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 136-7.



Barra de Tuxpan sobre el río Tuxpan.  
Fot. C. B. G.



Todavía en 1815 otro comandante británico parece haber ofrecido armas, e incluso tropas, si Morelos pagaba los millones de pesos que se debían por parte de comerciantes de Cádiz, Veracruz y México a los británicos.<sup>20</sup> De hecho, ¿hasta qué punto los ofrecimientos y la presencia de los comandantes de buques en un mundo repleto de aventureros y diplomáticos improvisados o autonombrados en sus propias comisiones, como lo fue Tadeo Ortiz, no respondía a un simple oportunismo, tan fácil de llevar a cabo en aquellas épocas? Aunque los engaños resultaran lógicos, al igual que los oportunistas o las traiciones, queda aún en pie el interés de Morelos por las costas y por la relación que sólo en ellas podía establecerse con el exterior.

### *9. Relación de insurgentes y corsarios en el Golfo; el primer barco insurgente*

Pero Veracruz había sido, desde el principio de la Colonia, el lugar cumbre de la navegación y contaba con la protección y la fuerza colonial necesaria para su defensa. Las comunicaciones marinas de la insurgencia se derivaron hacia Nautla, de donde partiría eventualmente el experto en pólvora, amigo de Morelos, Peter E. Bean, hacia Estados Unidos, para organizar una campaña en contra de Texas, y que antes de salir aprovechó la llegada de otro aventurero y pirata José Amable Humbert, que viajaba en el Tigre y que había derrotado a un navío inglés encargado por los españoles de perseguirlo. Bean presenció el combate entre el Tigre y el brick inglés frente a Nautla. El Tigre, capitaneado por Dominico You, cargaba tres mil arrobas de pólvora y contenía una tripulación de ciento veinticinco hombres y pertenecía a una banda de corsarios encabezada por los hermanos Juan y Pedro Lafitte, apostados en la isla Barataria al sur de Nueva Orleans. El Tigre apareció en el horizonte, seguido de un brick llevando en su mástil un pabellón de Cartagena. El brick se aproximó a la goleta Tigre, tratando de abordarla, e izó el pabellón británico; con ello comenzó la batalla:

La goleta, con todas sus velas desplegadas, se puso a girar alrededor del navío inglés, hasta que logró destrozarle el palo mayor de un cañonazo. Desde ese momento el brick se gobernaba muy difícilmente. La goleta se puso fuera del alcance y se detuvo. Partieron entonces del brick dos embarcaciones para tomar la goleta al abordaje. Ésta les dejó aproximar, hundió una y destrozó la otra. El brick, que había logrado recoger a sus supervivientes, volvió a partir en dirección sudoeste, y la goleta hizo rumbo hacia Nueva Orleans. A la mañana siguiente, los centinelas que estaban de guardia a lo largo de la costa me comunicaron haber

<sup>20</sup> Wilbert H. Timmons, *op. cit.*, p. 141-2.



visto un pequeño barco, también una goleta, en la desembocadura del río, o sea, a media milla de la ciudad. Partí con mis tres piraguas llenas de hombres y la descubrí cuando derivaba hacia la orilla, pero muy lentamente, porque no hacía viento. La abordé con dos de mis piraguas y la llevé al puerto. Ese fue el primer navío que poseyera la nación mexicana. Llevaba harina y carne desecada, que fueron bien vendidas.<sup>21</sup>

Bean trató de utilizar esa nave para ir a Estados Unidos y pronto se convenció de que resultaba imposible viajar en ella, porque a penas se prestaba para navegar a cabotaje. Sin embargo, su salvación apareció cuando:

la mañana siguiente, una mujer, que había venido a vender gallinas y huevos, me dijo haber visto, seis millas al norte, un barco anclado cerca de la costa, con el puente lleno de gente y sin palos. Pensando que pudiera tratarse de realistas enviados de Tampico para combatirme, reuní mis patriotas y partí, decidido a impedir el desembarco, cosa que me parecía fácil en una orilla descubierta. Cuando estuve cerca del barco, disimulé mi destacamento detrás de una duna e hice avanzar por la arena cinco hombres sin armas, a fin de no dar la alerta. Estos gritaron a las gentes de a bordo, que enviaron una canoa. Ese misterioso barco no era otro que el Tigre. Después del certero cañonazo con que, como ya hemos dicho, había conseguido dismantelar al brick inglés, logró escapar. Habiéndose entregado la tripulación a copiosas libaciones, el barco había acabado por encallar en uno de los bancos de arena que se extienden muy lejos en el mar. Los españoles de Veracruz habían prometido dos mil dólares al capitán inglés si capturaba el navío corsario, pero lejos de apoderarse de él, había recibido una buena lección. Entre los miembros de la tripulación, tuve el gusto de encontrar algunos patriotas. Por ello supe que los Estados Unidos y Gran Bretaña estaban en guerra.

Hice traer la goleta, aquella que había yo encontrado en la desembocadura del río, y después de haber pasado a ella la tripulación del Tigre, así como todos mis hombres partimos para Nautla. Allí se puso en condiciones mi barco, y diez días después de nuestra llegada hicimos vela hacia Nueva Orleans, llevando con nosotros a todos los marineros del Tigre que el barco podía trasportar.

Trece días después, desembarcaba yo sin incidente en la isla de Barataria. Después de haber confiado mi goleta a Lafitte, partí. . .<sup>22</sup>

Los Lafitte intervinieron más de una vez en los acontecimientos, pues movieron los resortes de los enemigos que acudieron en su busca y especularon jugando las

21 Enrique Cárdenas de la Peña, *op. cit.*, p. 178.

22 *Ibidem*, p. 178-9.

cartas de todos lados; Estados Unidos, Inglaterra, España o los insurgentes mexicanos los tuvieron que padecer.



**Puerto moderno de Tuxpan sobre el río Tuxpan. Fot. C. B. G.**

## 10. *La relación de la insurgencia con Nueva Orleans*

Cuando Bean salió hacia Nueva Orleans, a la vez salieron en el Tigre el padre José Antonio Pedroza, partidario de Rayón, y Juan Pablo Anaya, partidario de Rosains, junto con Humbert. Nueva Orleans se caracterizó por ser una avanzada fuera del alcance de la justicia de Estados Unidos donde se refugiaron rebeldes, intrigantes, aventureros y marinos. En septiembre de 1814 llegaron Bean y los del Tigre en medio de la consternación y curiosidad que produjo la llegada del general Andrew Jackson en preparación militar contra posibles invasiones inglesas. El interés por ayudar a la revolución de independencia mexicana se vio así menguado. Humbert era propiamente un pirata, Pedroza se peleó con Anaya y apareció un nuevo personaje, José Álvarez de Toledo, quien posteriormente presentó al congreso mexicano en 1815 un plan de ayuda y de ataque a la frontera norte de México. Además, Álvarez de Toledo contrató al capitán de marina Julio César Amigoni para mantener comunicación marítima con México, país que se comprometía a facilitar un sinnúmero de cosas aparte de un diplomático, con poderes necesarios para concluir un tratado con Estados Unidos y negociar con naciones extranjeras. El navío de Amigoni, El Águila, llevó los proyectos y al propio Bean a Nautla, para donde partió en febrero de 1815. Bean llegó después a la hacienda de Puruarán donde informó a Morelos que, como Estados Unidos se encontraba en guerra contra los ingleses, era imposible que ayudara. Sin embargo, el país era amigo y albergaba los mejores deseos para el futuro mexicano. Morelos consintió en enviar un embajador a Estados Unidos acompañado por Bean y por veinticinco mil pesos, que fue la única cantidad que pudo facilitar para los gastos.<sup>23</sup>

El resultado de la proposición de Álvarez de Toledo fue que Morelos nombrara a José Manuel de Herrera ministro plenipotenciario, con poderes e instrucciones suficientes para poder negociar con Estados Unidos. Acompañando a Bean, fueron Francisco Antonio Peredo, Cornelio Ortiz de Zárate y Juan Almonte, de trece años e hijo de Morelos, quien debía educarse en Estados Unidos. Herrera salió de Puruarán hacia el área de Veracruz el 14 de julio de 1815, con intención de embarcarse hacia Nueva Orleans. Las dificultades del viaje hacia la costa estuvieron a punto de disuadir de su misión al diplomático, pero cuando, finalmente, llegó al puerto de Boquilla de Piedras, el Águila, en que viajaba Álvarez de Toledo, llegaba con algunos voluntarios norteamericanos y pertrechos militares para la insurgencia. Parece que la

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 146-8.

intención de Álvarez de Toledo fue apresurar en lo posible la llegada del diplomático a Estados Unidos, pero, además, Herrera estuvo de acuerdo en que si el cargamento del barco se desembarcaba en Boquilla sería pagado por él al llegar a Nueva Orleans. Herrera se sintió inseguro con el dinero que le confió el congreso insurgente para sufragar la expedición que estaba planeando Toledo. Después de un viaje tormentoso que duró un mes entero, el navío que llevaba a Herrera llegó el primero de noviembre de 1815 a Nueva Orleans. De inmediato pagó los pertrechos desembarcados en Boquilla por la cantidad de veintitrés mil pesos y, en adición, entregó el resto del dinero que tenía para asegurar otros embarques. En consecuencia, tuvo que escribir al congreso solicitando otros cien mil pesos para cubrir los gastos que se producirían al organizarse la expedición de Álvarez de Toledo.

Muy pronto, después de su llegada, cayó Herrera en manos del grupo de filibusteros que le informaron de la posibilidad de expedicionar al sur del río Sabinas con el fin de capturar un puerto mexicano que garantizara la comunicación con Estados Unidos y que, a la vez, sirviera de base para la piratería que se combinaría con expediciones terrestres, a las que se ayudaría con provisiones que se llevarían por mar desde Matagorda o desde la Bahía.

Una de esas expediciones llegó a Gálveston, pero cuando la segunda se desintegró porque los barcos zozobraron al tratar de llegar a tierra y no recibieron la ayuda que esperaban, los proyectos se vinieron abajo.

Herrera no olvidaba, sin embargo, que debía ir a Washington a presentar sus credenciales con el fin de negociar auxilios directos y de mayor importancia, pero los proyectos filibusteros de continuo frustraron sus buenas intenciones. Es posible que, en diciembre, al recibir las noticias sobre la captura de Morelos, se decidiera a regresar a México. El último periodo de la estancia de Herrera en Nueva Orleans después de la caída de Morelos, se debió a su intención de mantener ese puerto abierto para ayudar a la nueva nación mexicana, en esos momentos, prácticamente inexistente. La actuación de los dos bandos, tanto el de los insurgentes como el de los realistas, fue violenta y abundante en represalias y destrucción de bienes. El año de 1816 se caracterizó por las grandes persecuciones contra los que habían tomado las armas y también contra quienes, como civiles, habían fomentado la revuelta.

## 11. Francisco Javier Mina llegó desde Nueva Orleans

De pronto, los acontecimientos se precipitaron y Calleja, llamado a España, fue sustituido por el virrey Juan Ruiz de Apodaca —hasta entonces teniente general de la armada y gobernador de la isla de Cuba—, que tomó posesión del virreinato de la Nueva España en 19 de septiembre de 1816, para distinguirse por sus medidas conciliadoras que llegaron hasta el punto de prohibir los fusilamientos de rebeldes



Bocana de la Barra de Nautla. Fot. C. B. G.



sin formación de causa. Además, Apodaca logró triunfos militares en contra de las fuerzas insurgentes. El 7 de noviembre del mismo año fue derrotado Mier y Terán cerca de San Andrés Chalchicomula por el coronel Morán, marqués de Vivanco; el mismo día perdió Guerrero ante Samaniego en la Cañada de los Naranjos; Márquez Donallo, al volver de Veracruz después de acompañar a Calleja con un convoy, derrotó cerca de Córdoba a Melchor Múzquiz; Rayón capituló y entregó el fuerte del cerro del Cópore; Victoria siguió errante por Veracruz y muchos insurgentes se acogieron a los indultos que ofreció el virrey. Guerrero y Sesma se retiraron a la costa sur y fueron los únicos que sostuvieron vivo el fuego de la revolución, ya muy venida a menos cuando Francisco Javier Mina desembarcó en Soto la Marina, el 21 de abril de 1817, según la fecha revisada por su biógrafo José María Miquel i Vergés.

De origen navarro, nacido en diciembre de 1789, y bravo montañés que a la entrada de las fuerzas napoleónicas dedicó sus esfuerzos a hostilizar a los ejércitos franceses invasores con sus guerrillas, era un hombre preparado en el arte de la guerra y que deseaba ver a España

limpia de supersticiones y prejuicios, en régimen liberal, con supresión del absolutismo monárquico que caracterizaba el trono de Fernando VII después de la ruina napoleónica para arruinar más al pueblo ibérico.<sup>24</sup>

Su expedición a México fue oportuna en consideración a que la insurgencia había decaído y porque cuando Mina llegó a México, en 1817, era necesario un hombre dispuesto a colaborar con los principios y con los jefes del movimiento libertador. Entre ellos se contaban Vicente Guerrero, Nicolás Bravo, Guadalupe Victoria, Manuel Mier y Terán, el padre Torres, Sesma, Osorno y Rosáins, que en esa época se mostraban vacilantes y temerosos de un fracaso al contemplar la desunión que provocaba el anhelo del mando supremo que cada quien pretendía asumir.

La práctica de Mina en el ataque con las guerrillas en contra de los ejércitos napoleónicos y la fortaleza de su carácter, fueron cualidades a propósito para la tarea que iba a enfrentar. En su ámbito pirenaico fue famoso por sus hazañas guerreras, hasta que la fortuna le volvió la espalda y cayó prisionero de los franceses a los veintiún años de edad.

En la cárcel de Vincennes aprovechó el tiempo dedicándolo a sus estudios y a aprender de los otros militares, presos como él. Permaneció encarcelado hasta 1814, año en que volvió a España para ser objeto del desdén de Fernando VII por su ideología liberal. Por ello no aceptó el mando del ejército de operaciones de la Nueva España, a las órdenes del general Félix María Calleja, que le ofreció el ministro Lardizábal.

<sup>24</sup> Antonio Rivera de la Torre, *Francisco Javier Mina y Pedro Moreno*. México, departamento editorial de la Dirección General de Educación Pública, 1917, p. 10.

Continuó con pirando y se comprometió a defender el sistema constitucional emanado de las Cortes de Cádiz en contra de los excesos de la monarquía. Su tío terminó perseguido y sus fuerzas se dispersaron. Mientras, Francisco Javier, también perseguido, volvió a Francia y, después de muchas vicisitudes, terminó en Inglaterra, cuyo gobierno, en respeto a su personalidad política, le señaló una pensión para su mantenimiento. Londres lo relacionó con políticos latinoamericanos; entre ellos se encontró al propio fray Servando Teresa de Mier. Éste intervino en la concepción de la expedición de Mina a la Nueva España, que intentaba privar al régimen absolutista y tiránico de sus mejores rentas ultramarinas que fortificaban de continuo la persistencia del régimen fernandino.

## 12. *Su viaje a América y la preparación para la expedición*

Sus relaciones londinenses facilitaron a Mina un navío y los recursos necesarios para el viaje. A pesar de haber considerado dirigir su expedición hacia las costas mexicanas, las noticias recibidas antes de partir hicieron que izara sus velas con rumbo a las costas de Texas.

Surcó el mar desde el mes de mayo de 1816, en compañía de treinta oficiales españoles e italianos y dos ingleses. Se enfrentó con los consabidos huracanes del Golfo de México y con problemas a bordo, debidos a la sublevación de quienes pretendían mayores comodidades de las que podían disfrutar. Llegó por fin a Gálveston, donde se le unieron norteamericanos al mando del coronel Perry y, con doscientos hombres más que le acompañaban, se dirigió a Nueva Orleans, donde consiguió otros recursos. Su viaje duró 46 días cuando el buque llegó a Hampton Roads, pasó luego a Norfolk, y desde allí, por tierra, fue a Baltimore donde encontró su barco anclado y listo el 3 de julio. Compró un bergantín armado y buen velero, piezas de campaña, morteros, municiones, uniformes y pertrechos de todo tipo.

Mientras se hacían los preparativos, Mina fue a Wáshington y a Nueva York, donde se ofrecieron varias personas para participar como oficiales en la expedición. De entre las noticias que consiguió supo que Guadalupe Victoria se encontraba en Boquilla de Piedras, al norte de Veracruz. También supo que los insurgentes formaban gavillas en diferentes puntos del territorio mexicano. A pesar de la oposición lógica de Luis de Onís, representante de España, que instó a Estados Unidos para que lo expulsara de su territorio, Mina salió de esa nación para continuar su viaje.

El buque que trajo a Mina se fletó de nuevo como parte de la expedición y, abordado por los expedicionarios en la tarde del 28 de agosto bajo la dirección del coronel Ruuth, después de haber sido despachado por la aduana, salió con dirección a Santo Tomás. Mina quedó en espera del bergantín recién comprado, y los dos navíos deberían reunirse en Puerto Príncipe. En compañía de una escuna, o goleta,



**Río y desembocadura del río Jalcomulco en la Antigua. Fot. C. B. G.**



Playa y duna del estado de Veracruz entre Antón Lizardo y Alvarado. Fot. C. B. G.

perdieron de vista los cabos de Virginia; en ella viajaban el teniente coronel Myers, del cuerpo de artillería, con toda su compañía. Dos días después se separaron las embarcaciones y, al cabo de diecisiete días, el buque llegó a Puerto Príncipe, siguiendo a la escuna a pocos días de distancia de su llegada. La noche siguiente se levantó un huracán que encalló la goleta en la costa y averió gravemente al buque. La reparación fue posible gracias a que el presidente haitiano facilitó los medios necesarios. Después de las reparaciones, Mina, con el navío y el bergantín, procedió adelante por treinta días para llegar a Gálveston el 21 de noviembre después de un mes de vientos escasos, epidemias, travesías y muertos. “Todo parecía augurar el fin trágico de la empresa”.<sup>25</sup> Allí encontró al comodoro Luis de Aury, quien, por haber vientos del norte, peligrosos en aquella costa, decidió desembarcar la expedición. La barra, escasa de profundidad, no permitió la entrada de los buques cargados y hubo que desembarcar los pertrechos para depositarlos en el casco de un buque viejo, allí anclado.

Mina, desorientado, se detuvo en Gálveston y formó un campamento para alojar las tropas. Lograron alimentarse con pan caliente que consiguieron, carne salada, tocino, aceite y aguardiente, además de algunas piezas de caza y provisiones que traían los que en la costa vivían. Los enfermos y convalecientes pudieron restablecerse, y el navío, junto con el bergantín, que no podían permanecer con seguridad en la costa, salieron con dirección a Nueva Orleáns.

La expedición, muy aumentada con los refuerzos de los filibusteros que se le unieron durante el viaje, comenzó a organizarse de la manera más disciplinada con el fin de sacar el mayor partido de la misma.<sup>26</sup>

Pero Aury no comprendió a Mina, quien ansiaba con vehemencia que su empresa no se confundiera con la de los corsarios. Los aventureros distaban de sus ideas liberales, y aun mucho de los españoles tampoco veían otra cosa en la expedición que la venganza contra el poder absoluto de Fernando. Para puntualizar sus propósitos, rodeado de su guardia de honor al mando del coronel Young y ante su pequeño ejército en medio del adiestramiento de la tropa, Mina escribió su pensamiento político y con angustia aclaró:

Yo no soy un aventurero, no soy un mal español, miradme como amigo. Es a los españoles oprimidos. . . a quienes deseo persuadir, que ni la venganza ni otras bajas pasiones, sino el interés nacional, principios de los más puros y una convicción íntima e irresistible, han influido sobre mi conducta pública y privada. . . de las provincias de este lado del océano obtenía el usurpador los medios de sostener

25 J. M. Miquel i Vergés, *Mina, el español íntimo a España*, México, Ed. Xochitl, 1945, p. 77.

26 Antonio Rivera de la Torre, *op. cit.*, p. 17-22.



su arbitrariedad: en ellas se combatía por la libertad, y desde el momento la causa de los americanos fue la mía.<sup>27</sup>

Pero la causa de la libertad americana distaba de la europea, pues no se trataba de ideologías ni de formas de gobierno disidentes sino de gobierno propio, al margen de que fuera bueno o malo. Recelos, inertidumbres y desconfianza rodearon la figura de Mina en la mente de no pocos insurgentes, a pesar de que su proclama estableció su manera de pensar en un e fuerza para disipar los celos. Dijo, dirigiéndose a los mexicanos:

Contadme entre vuestros compatriotas. Ojalá que yo pudiese merecer este título, haciendo que vuestra libertad se enseñorease, o sacrificando mi propia existencia. Entonces decid a lo menos a vuestros hijos en recompensa: esta tierra feliz fue dos veces inundada en sangre por españoles serviles, esclavos abyectos de un rey; pero hubo también españoles de la libertad que sacrificaron su reposo y su vida por nuestro bien.<sup>28</sup>

En esta forma Mina previó el triste fin que le acechaba en tierras mexicanas y sentó un precedente para los nuevos aludes de españoles liberales que, con posterioridad, llegaron a las playas mexicanas aun hasta en el siglo xx, y que después de colaborar al pensamiento y a la evolución del espíritu de la nación mexicana murieron y quedaron para siempre en estas tierras.

### 13. *La salida a Soto la Marina*

En Nueva Orleans Mina cayó en manos de Anselmo Hinojosa, joven de Soto la Marina, villa situada en la ribera del río Santander, que le persuadió de las ventajas que se obtendrían al desembarcar precisamente en aquel lugar, desafortunadamente escogido, al entender del padre Servando Teresa de Mier. También pudo relacionarse con el representante del congreso mexicano Manuel Herrera, que se dirigía a Estados Unidos en busca de ayuda, como vimos, a quien dio ejemplares de su proclama de Gálveston. El propio secretario de Herrera, Cornelio Ortiz de Zárate, se unió a Mina.

Con sus buques Cleopatra y Neptuno, Mina se hizo de nuevo a la mar con rumbo a Gálveston, otra vez acompañado de oficiales europeos y americanos, y el 16 de marzo desembarcó en la isla, donde hubo rencillas y desavenencias entre los

<sup>27</sup> J. M. Miquel i verges, *op. cit.*, p. 79.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 81.

expedicionarios por causa de una competencia de mando. Aury llegó a arrestar a Perry y al capitán Gordon. Se amotinaron los soldados americanos en defensa de su jefe, mientras Aury y sus hombres se aprestaron a la lucha. Mina se impuso a tiempo; al parecer se trataba de desviar la expedición hacia Caracas. La expedición salió hacia México. Siete buques levaron anclas el 16 de mayo y navegaron hacia la Nueva España. En ellos viajaban los doscientos hombres que formaban la expedición. En el Cleopatra iban Mina y su estado mayor, la guardia de honor con el capitán Hooper al frente y el primer regimiento de línea al mando de Joseph Sardá. En el Neptuno el capitán Visset iba al mando de las secciones de comisaría e intendencia. En la goleta armada, Aury y las compañías de caballería y artillería, la primera mandada por el conde Ruuth y la segunda por el coronel Myers. En dos bergantines apresados, el regimiento de la Unión con el coronel Perry y en un pequeño navío una compañía al mando del capitán Williams.

Viajó, además, la goleta mercante Elena Tooker que acarreó todo lo que no cupo en los buques anteriores.

Viento fresco —ha escrito William Davis Robinson— hinchaba las velas de estas siete embarcaciones hacia las costas de una de las colonias más preciadas de la



Muelle de Alvarado. Fot. C. B. G.



corona española; siete veleros que iban a ser la pesadilla de los absolutistas, el trastorno de la reemprendida tranquila silenciosa del virreinato de México, al mando, en aquel entonces, de un antiguo diplomático español, de preciados servicios cuando la guerra contra Napoleón, llamado Juan Ruiz de Apodaca, y a quien su momentáneo éxito sobre el guerrillero español iba a acarrearle el gran disgusto de apechugar con un título que más que galardón parecía burla: el del conde de Venadito. Siete proas hacia las costas de la Nueva España y un pensamiento, el de Mina, puestos en una idea fija, quizás contradictoria en el fondo insondable de su conciencia.<sup>29</sup>

Los siete veleros anclaron en poco tiempo en la desembocadura del Río Grande del Norte por falta de agua en la nao capitana. Dos de los hombres que bajaron en busca del agua desertaron, avisando a las autoridades españolas de las intenciones de la expedición. Por fin, desembarcaron en Soto la Marina el 21 de abril de 1817, en las Provincias Internas, pobres, despobladas, y distantes doscientas leguas del teatro de la guerra. Para Mina un absurdo y para muchos de los soldados y oficiales motivo de desertión. Mina quemó las naves, como Cortés, para enfrentarse a las protestas y determinar el futuro; una de las naves fue echada a pique y otra fue averiada hasta convertirla en inservible. La expedición tenía que ponerse a prueba en aquellas tierras de la Nueva España.

En Soto la Marina se publicó el *Boletín de la División Auxiliar de la República Mexicana*, que apareció probablemente tres veces y que fue dirigido por el doctor Joaquín Infante. En su primer número apareció la proclama dirigida a los componentes del grupo:

Vosotros os habéis reunido bajo mis órdenes a fin de trabajar por la libertad de independencia de México. Ha siete años que este pueblo lucha con sus opresores para obtener tan noble objeto. Hasta ahora no ha sido protegido; y a las almas generosas toca mezclarse en la contienda. Así vosotros, siguiéndome, habéis emprendido la mejor causa que puede suscitarse sobre la tierra. Vosotros sabéis que, al pisar el suelo mexicano, no vamos a conquistar sino a auxiliar a los ilustres defensores de los más sagrados derechos del hombre en sociedad. Hagamos, pues, que sus esfuerzos sean coronados tomando una parte activa en la carrera que emprenden.<sup>30</sup>

29 *Ibidem*, p. 88.

30 *Ibidem*, p. 92.

Muelle de Coatzacoalcos. Fot. C. B. G.



Entraron en el poblado, abandonado por las fuerzas españolas; hubo nuevas arengas y declaraciones para atraer a los del bando contrario. Sin embargo, el historiador J. M. Miquel i Vergés considera poco claras las declaraciones de Mina, pues no supo exponer y expresar con claridad suficiente lo que deseaba.<sup>31</sup>

Desde Soto la Marina, Mina emprendió su marcha hacia el interior del país, caminando de triunfo en triunfo, luchando contra las fuerzas realistas hasta ponerse en contacto con los insurgentes del centro del país, como veremos.

#### 14. *La vigilancia colonial de la costa*

Sin embargo, al enterarse el gobierno virreinal del desembarco de Mina y de su expedición, se aprestaron tropas para combatirlo e impedir su marcha. Una escuadrilla fue organizada con la fragata de guerra Sabina y las goletas Proserpina y Belona, que salieron de Veracruz bajo el mando de Francisco de Beranger, que llevaba instrucciones de atacar a la escuadrilla de Soto la Marina.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 98.



Beranger llegó a acercarse a los buques de Mina. La goleta Elena Tooker levó anclas y huyó, siendo perseguida por las Belona y Proserpina, que no lograron darle alcance. Las demás embarcaciones de Mina fueron abandonadas, desembarcando sus tripulantes, que se internaron en la costa después de varar las naves, que luego fueron incendiadas por el propio comandante Beranger. La fragata Sabina se acercó cautelosamente a la Cleopatra; a distancia hizo disparos y, al no ser contestados, arrió los botes y abordó la nave abandonada: intentaron sacarla a remolque pero los disparos que recibió la averiaron hasta el punto de optar por destruirla.

El comandante Beranger tuvo que regresar a Veracruz, donde fue recibido como vencedor a pesar de que no alcanzó ningún trofeo. Hubo tedéum en honor de las tripulaciones, supuestas vencedoras, y se les concedió un distintivo formado por un escudo al brazo que ostentaba el lema de "Al importante servicio en Soto la Marina".

La acción, supuestamente heroica, de la marina española en Soto la Marina, dejó mucho que desear, pues si Beranger hubiera ordenado desembarcar, hubiera encontrado la mayoría de los pertrechos de Mina en la playa, defendidos por un grupo insignificante de gente. Los buques españoles no volvieron a comparecer y Mina, a pesar de su improvisación y de la débil defensa de una pieza de campaña que tenía, con un destacamento que colocó en la desembocadura del río, no hubo de lamentar otra visita que hubiera terminado con sus recursos. Ese insuficiente destacamento protector estaba al mando del capitán Hooper, quien desde una lancha en el río observó, impávido, el ataque de la Sabina.<sup>32</sup> El propósito de Mina era reunirse con los ejércitos insurgentes en el interior del país y de inmediato, a la llegada a Soto la Marina, hizo los preparativos y puso en marcha hacia el interior su pequeño ejército, entonces de alrededor de cuatrocientas personas. Se enfrentó con el jefe realista Cristóbal Villaseñor; derrotó a Benito Armiñán; después de esa batalla se enteró de que el mayor Sardá, delegado para construir un fuerte en Soto la Marina, había tenido que capitular. Llegó a la provincia de Zacatecas y tomó la plaza; derrotó a Castañón y a Ordóñez enviados en su contra en el Rincón de Centeno y, en el fuerte del Sombrero, se unió a Pedro Moreno donde entró la campaña de Mina en su segunda etapa, que no describiremos.<sup>33</sup>

## 15. La disputa por Nautla y la costa

Nautla continuó siendo un centro importante de los insurgentes, y el gobierno colonial, consciente de que desde allí se instigaba la ayuda en favor de la insurgen-

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 99-101, y también en Juan de Dios Bonilla, *Historia Marítima de México*, México, Ed. Litorales, 1963, p. 209-11.

<sup>33</sup> Antonio Rivera de la Torre, *Francisco Javier Mina y Pedro Moreno*, p. 26-9.



Río y puerto de Coatzacoalcos. Fot. C. B. G.

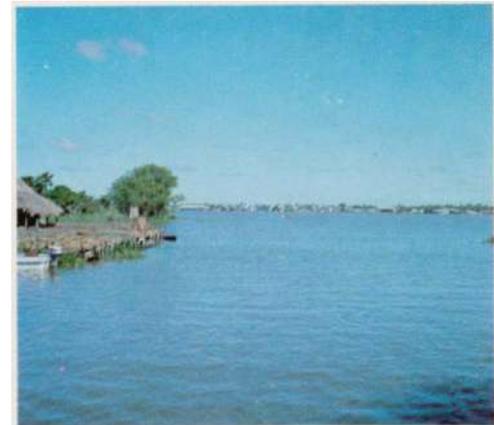
cia, reiteró las órdenes al gobernador de Veracruz para que ocupara el puerto junto con su barra. Fue Manuel González de la Vega, comandante del rey y marino, quien recibió en Papantla la comisión de emprender el asalto y la toma de la plaza en combinación con el comandante de Huexutla.

En consecuencia, el 21 de noviembre de 1814, con cuatro piraguas fue hasta la barra de Cazones, pero por la “muchísima mar” éstas no pudieron salir de Tuxpan. El 25 se encontraba en Tecolutla con su expedición de mar y de tierra reunidas cuando se levantó el norte que duró hasta el día 29, lapso en que se dispuso un cuartel con trinchera en la barra para dejar un destacamento y de allí se hicieron incursiones a diario. Con el viento convertido en brisa y la barra en calma, salió hacia Nautla el 30 quedándose a medio camino, en la Aguada, porque las piraguas no lograron navegar. Cuando estas naves llegaron el día primero de diciembre, a las siete de la mañana, frente al campamento, se dirigió hacia la barra, precedido de una partida de exploración para tomar un prisionero de algún rancho que informara de la situación que había en el poblado. Así supo que días antes llegó desde la Antigua un cabecilla llamado “el chino Claudio” con cien hombres de caballería, y que el pueblo contaba, además, con soldados, vecinos y cañones, procedentes de un corsario, culebrinas y una buena trinchera. Ante las noticias vararon las piraguas en la arena, a

legua y media de la barra, y esperaron para desembarcar en la otra orilla por la noche con el fin de batir a los enemigos por la espalda, mientras llegaban las piraguas y los trasportaban a todos.

El plan salió a medida del deseo, la mar estaba picada, la tarde fosca y los horizontes cerrados, y cuando anocheció que ya íbamos caminando no nos veíamos unos a otros, pero ya las piraguas iban con cincuenta y cuatro hombres a las órdenes del teniente don Pedro Blasco y del patriota don Juan Vidal a verificar el desembarco. Yo a la cabeza del resto de la columna continué por tierra hasta la misma barra, donde ordené el mayor silencio por hallarnos a tiro de pistola de la trinchera y del cañón, por ser río muy angosto. Serían las siete cuando entraron las piraguas, llegando adonde estábamos, llenas de agua y arrojadas por los repetidos golpes de mar. El comandante de ellas Navero y su tripulación trabajaron con la mayor serenidad y del modo más heroico. Repuestas de sus inundaciones comenzaron a pasar gente, al tiempo que la tropa que desembarcó en la contracosta empezó su tiroteo. Los enemigos que se vieron atacados por donde no lo esperaban, huyeron hacia la trinchera, pero viendo que nosotros estábamos ya pasando se tiraron al agua con armas y todo, habiendo verificado el paso y ocupado la trinchera sin más desgracia que un soldado de la primera compañía de Tamiahua, a quien hirieron gravemente y murió al día siguiente. Serían las diez de la noche cuando todo estaba dentro de la trinchera y los enemigos desde una isla que tiene el río en el centro tiraban algunos tiros a nuestras avanzadas, pero se les contestaba y huían. Aunque en mi plan entraba seguir inmediatamente al pueblo noté que la tropa estaba muy cansada y por esto era imposible.<sup>34</sup>

Hubo un reconocimiento por parte de los enemigos y no fue sino hasta el día siguiente que se pusieron en movimiento de nuevo para entrar al pueblo. Cuatro canoas con cuarenta hombres fueron río arriba para llamar la atención, sin empeñarse en batallar. El resto de las fuerzas, repartidas en tres divisiones que a su vez formaron guerrillas, partieron a las seis de la mañana. Apenas habiéndose movido un cuarto de legua descubrieron un grupo de enemigos de a pie y de a caballo sobre la playa. Cerca de ellos notaron que el mar batía contra un médano que se formaba en ese punto de la playa y ello los obligó a abrir camino por el monte para llegar de nuevo a la costa. Los enemigos disputaron el paso. Las guerrillas hicieron las primeras descargas y desordenaron los grupos de 60 caballos que se oponían a su avance y que, al huir lo hacían haciendo fuego hasta que, finalmente, las tropas encabezadas por el famoso chino Claudio huyeron perseguidas por la caballería realista que estaba en harto mal estado. Se restableció la marcha hacia el pueblo hasta que



Río Usumacinta en Frontera. Fot. C. B. G.

<sup>34</sup> Enrique Cárdenas de la Peña, *op. cit.*, p. 182-3.



llegaron a la trinchera, que las guerrillas flanquearon por el monte, y la gente se dispersó a los primeros disparos. Tras ellos a carrera abierta se dirigieron hasta el pueblo donde el tiroteo fue breve, quedando los dos cañoneros, piraguas, buques, municiones y unos veinte fusiles en su poder. Entre los prisioneros hubo un oficial de los piratas, un marinero y un indio mal herido. Se reunieron todas las armas abandonadas por los realistas, y se establecieron las guardias en las dos mejores casas del pueblo. El día 4 con los indios zapateadores se emprendió el desmonte y fortificación del pueblo y enterado González de la Vega de que los realistas seguían batallando en Tuxpan, en vista de sentirse enfermo, dejó el mando al capitán Miguel Carballo con las órdenes necesarias para la fortificación y salió de la plaza. Manuel González de la Vega se adueñó en esa forma de Nautla el 3 de diciembre de 1814. Desde la toma de Nautla González de la Vega dejó una guarnición permanente y en correspondencia los independientes se fortificaron en Boquilla de Piedra para conservar sus comunicaciones marítimas.<sup>35</sup>

Cualquier descuido significaba la pérdida del litoral a manos de los insurgentes. Nautla regresó a poder de los insurgentes y Bean apresó un barco hispano cargado de maíz y de harina que navegaba de Tampico a Veracruz, antes de desembarcar en 1815 en la localidad. También Álvarez de Toledo se refería al puerto para sugerir el nombramiento de un capitán de puerto de Nautla que fuera

hombre decente y de educación, para que los extranjeros que lleguen a dicho puerto no formen una idea desventajosa y contraria a la república, como se verifica con los negros que en la actualidad mandan arbitrariamente en el mencionado lugar. . . actualmente quedó preparado otro buque que llevará a Nautla el duplicado de mis cartas, y algunos otros papeles que creo merecerán la atención del gobierno.

Al coronel Bean recomendó Álvarez de Toledo que, llegados a Nautla, hicieran todo lo posible para dirigirse con brevedad al Congreso a fin de regresar lo más pronto posible con el ministro y los fondos necesarios,<sup>36</sup> como vimos con anterioridad.

El gobierno colonial no se resignó a dejar en manos de los insurgentes el importante punto de salida hacia el mundo exterior y fue el teniente coronel Carlos María Llorente quien tuvo a su cargo la expedición sobre Misantla y Boquilla apoyada por la escuadrilla que iba al mando del teniente de navío, Francisco Murias, en la primera quincena de 1815. En Nautla se acantonó la fuerza y se reunieron también los doscientos realistas procedentes de la sierra de Perote a las órdenes del capitán Juan de Arteaga.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 183-4.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 185-6.



Por muy poco tiempo volvió Nautla a manos de los insurgentes cuando Guadalupe Victoria se apoderó de la plaza, a la vez que se perdió Boquilla, y ello facilitó una oportuna salida al mar al final del año de 1816.

Hemos tomado el importante puerto de Nautla [comentó Vicente Guerrero]; habiendo destrozado completamente su guarnición todos han perecido, unos en el acto mismo del ataque y otros pasados a cuchillo, después de que se ocupó la plaza a fuerza de armas; fusilería, artillería, parque, víveres, caudales, nada han salvado los realistas de Totutla; venía por agua una división de trescientos hombres a auxiliar a Nautla fuera de tiempo; nuestros valientes marineros salieron a encontrar esa miserable fuerza, aprovechándose de las lanchas y barquillas que estaban en la barra, y no ha quedado un enemigo que pueda inquietarnos. Esta acción va a producir la libertad de México: es menester que la comunique usted a todos sus cantones y que sea celebrada con las demostraciones más solemnes. . .<sup>37</sup>

Sin embargo, era tan importante la posesión de la costa para los insurgentes como para los colonialistas, puesto que si para los primeros implicaba la relación con el exterior, para los segundos significaba aislar a los primeros de todas las ayudas extranjeras y de las expediciones de apoyo que se pudieran organizar, y de las cuales tenían constantes noticias. Benito de Armiñán, comandante general de la Huasteca, y Carlos María Llorente fueron quienes asaltaron las trincheras de la Barra Nueva e informaron el 24 de febrero de 1817 de la reconquista de Nautla, lograda en esa misma mañana.<sup>38</sup>

Victoria, con los restos de sus fuerzas derrotadas en esos ataques, se retiró a Misantla y contra él combinaron un movimiento Armiñán y José Joaquín Márquez Donallo, que les dio la posesión de toda la costa que había quedado fortificada.

Todavía apareció un pirata sobre la Barra Nueva con bandera angloamericana, y se apresó a los supuestos capitán y su contra maestre que dieron noticias sobre el posible desembarco de Mina. Ello dio lugar a que se recrudescieran las fortificaciones de la zona. Apodaca ordenó que de todas maneras salieran de Veracruz la fragata Sabina y los demás buques armados que estuvieran en el puerto para cruzar sobre la costa y perseguir a Mina, llevando para su identificación una bandera ajedrezada blanca y roja. Se reforzó también el destacamento del puerto de Tampico. Nautla no volvió a pertenecer a los insurgentes y en 26 de enero de 1818 Llorente informó al virrey, después de haber terminado el episodio de Mina, que un buen número de insurgentes, de todas edades, se había presentado en Nautla para implorar el indulto.<sup>39</sup>

37 *Ibidem*, p. 186-7.

38 *Ibidem*, p. 187-8.

39 *Ibidem*, p. 188-9.



Barra de San Pedro y San Pablo sobre el río del mismo nombre divisoria entre Tabasco y Campeche. Fot. C. B. G.

El otro punto de apoyo para la navegación de los insurgentes lo constituyó Boquilla de Piedras, situado cerca de Laguna Verde, entre Veracruz y Nautla que, fortificado por los insurgentes al final de 1814, constituía una seria amenaza para el puerto de Veracruz. Calleja intentó por ello la toma de Boquilla de Piedras cuando envió a Llorente con fuerzas combinadas de tierra y marina que procedían de Tampico con las del comandante Francisco Murias, el teniente de fragata Antonio Valera, los alféreces de navío José Maestre y Ramón Gil, los pilotos Juan Guerrero y Simón Julián, los tenientes de la división de tierra Pedro Blasco y Juan Navero, Rafael Gamandi, artillero y patrón de la Veracruzana, y Antonio Vargas Machuca. A pesar de los esfuerzos, y de haberse hecho acreedores a la felicitación del virrey Calleja por su conducta militar, la plaza no cayó en manos realistas.

Pero las operaciones continuaron en contra del lugar fortificado, pues se pensaba que por allí embarcarían varios comisionados insurgentes que tratarían de trasladarse a Nueva Orleans. Por ello cruzaron sobre Punta de Piedras el bergantín Saeta, la corbeta Diana y la goleta Floridablanca durante septiembre de 1815, mientras la fragata Sabina remendaba jarcias y velas y la goleta Cantabria hacía reparaciones. Desde el 4 de septiembre Francisco Murias hacía maniobras en las que

dimos la vela de este puerto —Veracruz— en persecución de los corsarios, continué mi derrota a Boquilla de Piedras con viento muy calmoso, y por la mañana, estando el terral, mandé a la goleta que se estrechase con la costa y la recorriese muy de cerca. Poco después de esta providencia se descubrieron de este buque cuatro embarcaciones, de las cuales dos se dirigían al norte con toda fuerza de vela y las otras permanecían fondeadas. En estas circunstancias previne a la Diana y goleta que ciñesen el viento S.O. amura babor con el objeto de que interceptaran éstas, mientras yo con toda diligencia cazaba las otras; y como el rumbo que hacíamos los buques nos proporcionase hacer una bellísima descubierta, avisté otras dos fondeadas sobre Boquilla de Piedras, que no reconocí por entonces por continuar la caza en que estaba empeñado. A las once de la mañana del 5 ya la corbeta había marinado el bergantín español Vicenta apresado por los piratas, y poco después varó la goleta Águila, perseguida por la de guerra.

A la vez la Diana, dirigida por José Sorondo y la Floridablanca por José Villavicencio, después de hacer varar a uno de los buques enemigos, que no pudieron quemar por la defensa que de él hicieron los insurgentes, dieron a la vela al amanecer del 6 hacia Boquilla desde Tortugas y quemaron un corsario y el pueblo recogiendo dos botes, una canoa, un obús. . . de los buques con que iban formando su escuadrilla los piratas, no existen ya más que el corsario titulado: el General Morelos, que pudo escaparse a beneficio de su gran distancia y superioridad de vela, el cual según exposición de don Manuel Ruiz y don Francisco Bon. . .

no volverá a presentarse por hallarse sin víveres, con muy poca gente y ésta disgustada de su permanencia en estas costas para precaverse de lo que les acaeció. . .<sup>40</sup>

De entre los partes que rindieron los diferentes oficiales que participaron en la empresa nos parece especialmente ilustrativo el de Francisco de Paula Morales, dirigido al teniente de navío José Sorondo, escrito a bordo de la corbeta Diana, en el mar, el 6 de septiembre de 1815:

Consecuent a la orden de usted del medio día del 6 salí de a bordo con 3 botes y uno con camisa de fuego acompañados del paylebot presa que se armó con una carronada de a dieciséis y cuyo mando me confié, cabiéndome también el de los demás botes en razón de mi antigüedad, y siendo el objeto de la comisión el pegar fuego a un paylebot varado que había en la playa de Boquilla de Piedras, me dirigí desde luego a conseguirlo y como el obstáculo que me oponía el enemigo con su fusilería parapetada era despreciable comparado con el denuedo de los nuestros, pegamos fuego a la embarcación sin que quedase al enemigo otro recurso que hacer pequeñas escaramuzas sin provecho. No contento con el exacto cumplimiento de la orden que usted me dio, me pareció del caso hacer presente al señor comandante la facilidad que encontraba en desembarcar y destruir la población al enemigo, ahuyentándolo al mismo tiempo de aquellas inmediaciones: el parecer de dicho señor comandante que me dexó en la libertad de ejecutarlo a mi arbitrio, hizo que sin demora alguna dispusiese el desembarco, que llenando de gozo a los oficiales comandantes de los botes. . . y también a sus tripulaciones, desembarcaron los primeros arrojándose a la mar con aguas a más de la cintura y a su ejemplo los segundos, arrollando cuanto inconveniente se presentaba; y retrocediendo el enemigo llegaron los nuestros al caserío que fue incendiado y también unos botes que había varados en la playa. El granadero de infantería de marina Juan López se hizo dueño de una bandera del enemigo colocada en una altura; y la demás gente tomó dos más desconocidas y un prisionero que dixo serlo de los insurgentes que se acogía a nuestra protección. Acercándose la noche y no teniendo a quien ofender me retiré en orden a bordo de la corbeta Diana de su mando. . .<sup>41</sup>

Sin embargo, para el 6 de octubre, un mes después, José Álvarez de Toledo desembarcó en Boquilla y Guadalupe Victoria lo recibió reforzando la plaza con el armamento y pertrechos traídos por el primero. Al efecto, Álvarez de Toledo había sido nombrado mariscal de campo y disponía de mil hombres, armas, cañones y cantidad de municiones. En Boquilla sucedió lo que los colonialistas quisieron evitar

40 *Ibidem*, p. 192.

41 *Ibidem*, t. II, p. 255.



Isla del Carmen y Ciudad del Carmen.  
Fot. C. B. G.



a toda costa, y ello se desprende de la proclama que Álvarez hizo a “sus compatriotas y amigos”, a los que con toda claridad dijo que sus amigos de Estado Unidos,

No solamente me han protegido y librado de las viles tramas de nuestros enemigos, sino que por mi conducto os presentan hoy toda clase de auxilios. Venid, que yo os proveeré de armas y de todo lo demás que sea necesario para continuar nuestra lucha y vengar la sangre preciosa de tantas víctimas ilustres, en particular el asesinato cometido contra nuestros representantes dentro de las cárceles de Cádiz y Madrid.<sup>42</sup>

Aunque el propósito del viaje de Toledo resultó ser el de trasladar al plenipotenciario José Manuel Herrera, y partieron de nuevo hacia Nueva Orleans en la goleta Presidente, tuvo como resultado, entre lo que fue la misión específica confiada a Herrera, una serie de tratos para conseguir del gobierno norteamericano que el barco de guerra Fire Brand saliera para hacer un crucero y se acercara a las costas mexicanas para conducir correspondencia.

## 16. La comunicación marítima insurgente.

Las noticias sobre los preparativos bélicos y las travesías que efectuaban los insurgentes eran de sobra conocidas por el gobierno colonial, que ordenó se efectuaran cruceros continuos sobre la costa. Por ello, la goleta del rey la Galga y el falucho San Fernando navegaron sobre Boquilla y la costa del norte con provisiones suficientes para cuarenta días, intentando apresar alguno de los buques rebeldes. El resultado fue que, para fines de enero, hubieran tomado los efectos desembarcados por Toledo, con anterioridad. Pero el Fire Brand condujo la correspondencia oficial de Toledo y de Herrera para el congreso y también a los recomendados del ministro: Juan Galván, marino irlandés, el caballero Durán y a José Nicholson que comerciaba en armamentos. El primero fue con el propósito de que se le nombrara capitán en el primer barco que armara la nación, pues era profesor de marina.<sup>43</sup>

Nuevos cruceros emprendieron los navios reales Saeta, Proserpina e Isabel en junio de 1816, pero en 18 de julio Manuel Ormigo embarcó por la noche con su tropa, al mando del subteniente Juan Morilla en la goleta Carmen a cargo del capitán y piloto Jaime Caldentey, para dirigir la maniobra marítima que iba a desalojar a los rebeldes instalados en la costa de barlovento de Veracruz. Su acción tuvo lugar entre

42 *Ibidem*, t. I, p. 193 y t. II, p. 260.

43 *Ibidem*, t. I, p. 195-6



el 22 y el 25 de julio de 1816 empezando cuando el 22 de ese mes, entre nueve y diez de la mañana, le avisaron que aparecía una fragata y una goleta por el oeste:

cuyos buques bien reconocidos se advirtió hallarse fondeados, y que el segundo se levó dando la vuelta por el N.E. con intención de reconocernos. Entonces manifesté a los referidos comandantes de tropa y capitán del barco, que era muy prudente retirarnos al farallón desde donde podíamos observar sus maniobras, y que cuando se obstinase en perseguirnos, siendo como debía suponerse el buque y paraje sospechosos, enarbolaríamos bandera mercante para que acercándose con confianza pudiese obrar nuestra fusilería en términos de ofenderle cuanto



Cenote Azul de Bacalar y laguna de Bacalar.  
Fot. C. B. G.

Fuerte de Bacalar sobre la laguna de Bacalar.  
Fot. C. B. G.



fuera posible; ambos accedieron a mis reflexiones, y de consiguiente me dirigí al farallón, desde donde se observó que la goleta se reunía con la fragata: por lo que quería el comandante Morilla hacer el desembarco en el farallón, el cual no pudo verificarse por la grande marejada y rompiente a resultas sin duda de temporal habido afuera.

Después, ciñendo todo el viento en vuelta del E.N.E. continuamos todo el día hasta las cuatro de la tarde que por barlovento divisamos un bergantín que nos disparó un cañonazo con bala, afirmando la bandera de guerra angloamericana, a que le contestamos del mismo modo, por lo que se puso en facha y nosotros hicimos lo propio; y habiendo echado el bote al agua vino a nuestro bordo un oficial, quien hizo algunas preguntas muy sospechosas, a que se le contestó conforme exigía el objeto de nuestra comisión; y despidiéndose continuamos el rumbo del E.N.E. hasta las seis de la tarde, que virando de la vuelta de tierra por el



S.S.E. a las diez de la noche tomamos la vuelta de fuera, y a las cuatro de la mañana del día siguiente volvimos a virar de la vuelta de tierra, y a poco rato se nos quedó el viento calma; hasta que a las dos de la tarde que apuntó el viento flojo al N.E. hicimos el rumbo al S.S.E. en vuelta de este punto y amanecimos al E.N.E. de punta Bernal como 6 leguas a la mar, cuando el comandante de la tropa despachó al señor gobernador un parte con el barco Pescador, citando el paraje donde aguardábamos sus órdenes, viniéndose el capitán y otros enfermos de la goleta, quedándonos entretanto con poca vela. En esta situación a las dos de la tarde, desde el tope, divisaron vela que demoraba a sotavento de nuestra proa: bien reconocida, advertimos por sus maniobras que era el buque malicioso que hacía por nosotros: que era la goleta grande de dos gavias con sus juanetes, y de consiguiente que tenía mucha más fuerza y pies que la nuestra; pero que nos hallábamos en el preciso caso de batirnos.

Resueltos pues a ello, acordamos abordarle como único medio para salir airoso de tamaña empresa, y al efecto tratamos de ganarle el barlovento, lo que no fue posible por ser buque de más diligencia que el nuestro. Entonces nos echó bandera que al parecer era española, pero que tenía en el centro una águila, lo que no podía distinguirse bien por hallarse enrollada a falta de viento, afirmándola con un cañonazo con la bala y metralla, y poniendo a proa una bandera roja. Dispuestos ya al abordaje, estaba la tropa oculta con las armas preparadas y sesenta cartuchos cada soldado: y habiéndose aproximado el barco, se fue a proa del nuestro don Juan Morilla con la bocina, quien alertó la goleta, de la cual salió la voz de estilo “¿que dirá?” Dos cañonazos con metralla y una descarga de fusilería, y viniéndose flechada a nosotros, se esperó para hacerle fuego de fusil a que estuviese muy cerca, y hallándose poco más de tiro de pistola, habiendo arribado un poco, se le hizo la descarga cerrada por toda la tropa, y viendo que ella se retiraba escarmentada sin duda, se mandó dar tres veces “viva el Rey”, cuyo dulce eco para nosotros, y para ellos seguramente de indignación, les hizo volver como fieras, y hallaron el mismo recibimiento: retirados segunda vez, volvieron, mas no se aproximaron tanto, pero siempre en nuestro seguimiento hasta las doce de la noche sin cesar de hacernos fuego aun desde lejos, hasta que a las diez de la mañana del 25 anclamos en este puerto. [Veracruz]

El resultado de esta expedición ha sido tan glorioso a las armas españolas, cuanto que se ha infundido terror a unos piratas, que además de la práctica marinera que han demostrado, eran superiores en fuerzas navales, así por la bondad y tamaño de su buque, cuanto por la artillería; pues nosotros no teníamos ya más que un cañón, mediante haberse imposibilitado el servicio del otro siendo ambos del calibre de a 5, y los del enemigo dos giratorios de a 18 y dos pedreros. . .<sup>44</sup>

44 *Ibidem*, p. 196-7.



Estos encuentros fueron frecuentes, pero de ninguna forma resolvieron el problema de la seguridad marina para los coloniales, y las precauciones se arriesgaron cuando, hacia septiembre de 1816, empezó el rumor de que los insurgentes, reunidos en Nueva York y en Baltimore, se proponían un golpe serio en el Seno Mexicano al tratar de establecer un verdadero puerto en Boquilla de Piedras o en cualquier otro punto costero, y para ello habían armado dieciocho o veinte buques que se reunirían en el mar con todo lo necesario. Por otra parte, también se supo que en Boquilla se iba a armar el paisanaje con el objeto de reunirse con Victoria y caer sobre Veracruz y Tampico.

Todavía se hizo otra incursión, llevada a cabo por el teniente coronel José Antonio Rincón, que causó la caída de Boquilla de Piedras en manos de los coloniales el día 24 de noviembre de 1816, después de haber sido encargado de hacer observaciones, practicar el reconocimiento, y tomar, en caso de ser posible, el fortín que los rebeldes tenían construido para la protección del comercio clandestino que practicaban desde allí. El viaje difícil, parte por tierra y parte por mar, mostró la importancia de lo que entraba por el mar en esa época, pues entre los prisioneros que se hicieron se hallaron muchos extranjeros, que procedían de los buques corsarios y comerciaban en el punto, y entre las mercancías, se hallaban productos norteamericanos o de otras naciones tales como vino tinto, aguardiente, ginebra, bacalao seco, azúcar de la Habana, alcaparras, tabaco de hoja en fardos de Norteamérica, algodón hilado, jabón en barra norteamericano y otras muchas cosas cuyo origen no era local y se convertían en la expresión de la ayuda que los insurgentes recibían del exterior.<sup>45</sup>

La acción de mar y tierra sobre Boquilla de Piedras aseguró la posesión colonial de la barra de Palmas y el camino militar de Veracruz que servía para el tránsito de los convoyes y de los correos. Después, cuando Nautla cayó, la situación se despejó considerablemente para las tropas del rey. José Joaquín Márquez Donallo, encargado de esta vigilancia, trató de fortificarse en el morro de Tortugas, media legua al norte de Boquilla, para vigilar la playa, y allá le enviaron presidiarios para los trabajos que se ofreciera hacer.

El virrey Apodaca consideraba muchas cosas resueltas, pues,

ocupados por las tropas del rey Boquilla de Piedras, Nautla y Misantla y cuantos puntos tenían los rebeldes en la costa y sus cercanías y mediante el cuidado y vigilancia que hago observar en ellos, ha cesado toda comunicación entre aquellos malvados y los Estados Unidos, y por consiguiente el comercio clandestino y la introducción de auxilios, que cada día se obstruye y dificulta más con la destrucción de las gavillas que ocupaban la Huasteca y las inmediaciones de

<sup>45</sup> *Ibidem*, t. II, p. 267-73.



**Caballero alto del fuerte de Bacalar.  
Fot. C. B. G.**

Papantla, Misantla, Tampico y otros lugares, con la reclusión de muchos millares de habitantes que seguían el partido de los enemigos y ahora reconocen el paternal dominio de S.M. ...<sup>46</sup>

La calma se había restablecido en la zona y se aseguró el libre tránsito a Jalapa y La Antigua, puntos del camino militar, y por el norte se podía ir a Colima, Misantla y Nautla además de que las costas de la zona eran recorridas por infantería y caballería, y se vigilaba la laguna de barra de Flamas. Estas maniobras fueron debidas al

<sup>46</sup> *Ibidem*, t. I, p. 204.



hecho de que los insurgentes, al no poder tomar Veracruz, tendieron a bloquear, en Puente del Rey, el camino que facilitaba la entrada de los efectos procedentes del puerto.

Al sur de Veracruz en los años anteriores también se requirió el cuidado de la costa, aunque no se compara la actividad con la que se observa en la zona de barlovento. Sin embargo, la goleta Carmen tuvo que ocuparse de Tlacotalpan y de Alvarado; hubo que recuperar Coatzacoalcos construyendo fortificaciones en el puerto de Alvarado; se ocupó Tecolutla en 1813, utilizando las lanchas Tuxpeña y Veracruzana, y hubo que proteger las haciendas intermedias entre Alvarado y Veracruz, y de manera muy especial el área de Medellín, Paso del Toro y Boca del Río.<sup>47</sup>

## *17. Las provincias unidas de Sudamérica en ayuda de los insurgentes*

La Nueva España tuvo que sufrir todavía otro ataque por parte de un corso que el gobierno de las provincias unidas de Sudamérica, dispuso para que atacara las líneas de navegación españolas; empezando por el ataque al puerto español de Cádiz que consideraban uno de los más importantes, iría contra los realistas de la Nueva España y ayudaría en lo posible a los insurgentes. El viaje de la fragata Argentina tuvo lugar entre julio de 1817 y 1819. En noviembre de 1818 estuvo frente al presidio del puerto de Monterrey (California) en el Pacífico, produciendo la consabida alarma.

La Argentina fue la presa Consecuencia, de cuatrocientas sesenta y cuatro toneladas, cedida por Guillermo Brown a Bouchard en 1816 en las islas Galápagos, y estaba dotada de ciento ochenta hombres, dos baterías de treinta y cuatro cañones y carronadas de a 8 y de a 12. Su tripulación se componía toda de extranjeros y su patente de corso le permitía navegar durante dieciséis meses. Iba acompañada de otra nave, llamada Santa Rosa, que anteriormente fue el barco norteamericano llamado Liberty, perteneciente a Jorge McFarlane, comerciante británico radicado en Buenos Aires. Esta corbeta llevaba ciento treinta chilenos que prendieron a los oficiales y al capitán y los desembarcaron. Bouchard dio con la corbeta en Hawái, la rescató y entregó su mando al marino inglés Peter Corney. Llevaba catorce cañones, de a 12 (calibre inglés), dos gonadas cortas de a 12 (calibre francés), ocho carronadas de a 18 (medida inglesa), noventa fusiles, sesenta pistolas, cincuenta chuzas, cincuenta sables y tenía patente de corso por dieciocho meses.

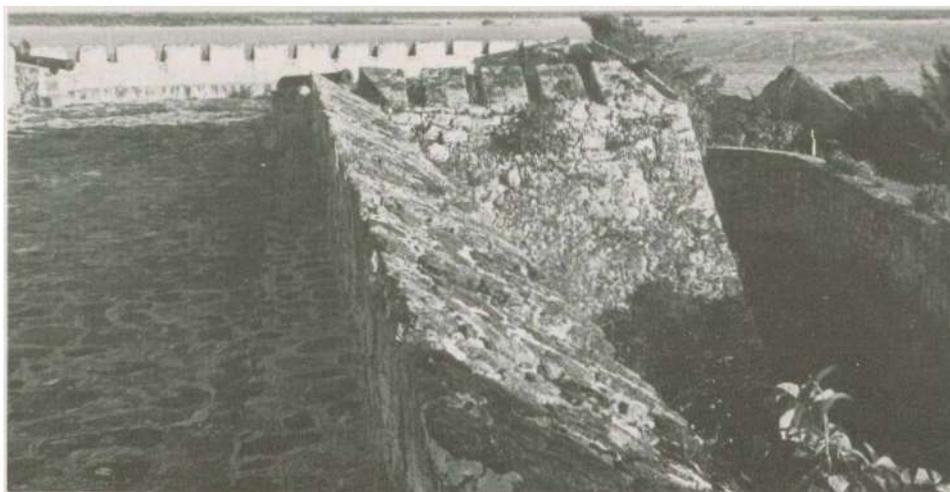
Después de haber navegado un largo viaje que duró más de un año, en 22 de noviembre de 1818 la Argentina navegaba en conserva con la Santa Rosa en el

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 203-5.



Pacífico sobre la costa de California. El vigía de la punta de Pinos en el presidio de Monterrey las avistó y dio parte de la presencia de las dos embarcaciones. El gobernador estaba ya sobre aviso por las alarmas recibidas de un navío norteamericano, que le indicó haber visto dos barcos insurgentes preparándose en las Islas Sandwich para atacar la costa norteamericana del Pacífico. Por ello se adoptaron las medidas necesarias para que cundiera el estado de alarma y retirar a lugar seguro población, ganado, riqueza, aperos, etcétera. Además, se tomaron las medidas militares y estratégicas para que, a la llegada de cualquier nave, lloviera la metralla sobre ella.

Bouchard pensó tomar el fuerte por sorpresa, y para ello ordenó a la Santa Rosa que avanzara entrando en la bahía y anclando en buena posición para proteger un desembarque, mientras conservaba su buque a la leva y enviaba lanchas para apoyar a Corney. A las doce de la noche se hizo la entrada y ancló la Santa Rosa demasiado cerca del fuerte, desde donde los españoles les reiteraron la petición de que mandara un bote. La maniobra de desembarco se retrasó y no tuvo lugar en la noche, sino que esperaron al amanecer para efectuarla pero en vez de ello abrieron el duelo a cañonazos entre el fuerte y la corbeta Santa Rosa, donde hubo una verdadera matanza. Intervino la Argentina y, después del desembarco que llevó a cabo, pudo rescatar a los prisioneros, además de quemar la población, tomar el armamento y provisiones que le eran necesarias, y destruir el fuerte.



**Paso de ronda y foso de fuerte de Bacalar.  
Foto. C. B. G.**



Del 24 al 29 de noviembre de 1818 Bouchard permaneció en el puerto sin ser molestado por el gobernador y el 29 salieron las dos naves corsarias al rancho del Refugio, adonde llegaron el 4 de diciembre; pasaron después a San Juan Capistrano, donde desembarcaron y se apoderaron del lugar, lo incendiaron y se retiraron a bordo para hacerse a la vela, el día 20, con rumbo hacia la isla de Cedros, donde fondearon el 24. Veinticuatro días permanecieron allí carenando las naves, cazando, pescando y descansado. Un barco inglés que fondeó a ocho leguas les informó de las revueltas del Perú. Partieron de inmediato con la intención de bloquear el puerto de San Blas, operación que iniciaron el día 25 interrumpiéndola por ponerse en contacto con varias naves, entre ellas la inglesa Buena Esperanza, que estaba fondeada en una de las Tres Marías, con cuyo capitán Bouchard mandó una parte de su diario al gobierno de las provincias occidentales de Sudamérica.

Siguió el bloqueo del puerto de Acapulco el 13 de marzo de 1819 cuando anclaron en Caleta, mientras que el gobernador Nicolás Basilio de la Gándera se preparaba para combatirlo. Pero Bouchard envió una lancha al puerto que, cuando regresó informando que no había navíos en él, perdió el interés en el bloqueo y levó anclas para seguir su camino.<sup>48</sup>

## 18. *Los corsos y el origen de la marina nacional mexicana*

Barcos y banderas, además de permisos para navegar, son fundamentales para concebir la existencia de naves oficiales pertenecientes a un país. El significado de las banderas en el mundo ha sido importante por constituir el distintivo de los ejércitos y de los buques que han navegado los océanos. Pero, detrás de cada bandera izada se presupone la existencia de una nación y de un estado, además de un pueblo que lo constituye. Resulta difícil definir a vuela pluma lo que constituye la verdadera nacionalidad. El emblema representó, hasta la Revolución Francesa, la insignia de los reyes, y quienes lo enarbolaban se consideraban “los sujetos de...”, con lo que el emblema quedaba entonces ligado a un rey, a su monarquía y a sus súbditos. La Revolución Francesa cambió ese concepto en el sentido de que el emblema no representaría “sujetos de...” sino que aunaría en su sombra a todos los “ciudadanos de...” Cayó entonces el acento en los pueblos en vez de los reyes, y quienes los encabezaron se convirtieron en los representantes de esos pueblos, que fueron soberanos sobre sus territorios. La llegada de la independencia planteó en el continente americano y también en México el cambio del concepto representado por las banderas; era pues necesario el cambio de la bandera, representativa del convertir sujetos en ciudadanos, como sucedió en las comunidades americanas. Se

48 *Ibidem*, p. 276-82.



justificaba, entonces, la preocupación de los insurgentes por establecer un nuevo lábaro para sus huestes, representantes de los ciudadanos, y para sus naves, representantes también de la nueva soberanía.

Técnicamente, una nave nacional supone un buque hecho o comprado por la nación, un capitán procedente de ella, lo mismo que la tripulación, que viaja bajo su propia bandera y con la autorización oficial para navegar que da el país. Sin embargo, cuando la nación no posee buques y no tiene marinos, ni tripulaciones; pero tiene bandera y soberanía para tomar las decisiones pertinentes, está en posibilidad de autorizar el uso de su bandera por buques, capitanes y tripulaciones extraños para formar sus marinas y aplicarlas a los propósitos del comercio o de su defensa. Si su bandera no ha sido reconocida y sus decisiones son ignoradas por otras naciones, los marinos navegan bajo su responsabilidad y se consideran corsos por los demás, pues están autorizados por gobiernos no reconocidos ni internacionalmente responsables.

Resulta natural que un gobierno no reconocido determine su bandera y autorice naves y tripulaciones ajenas para determinadas acciones.

Desde la época de José María Morelos se definió un lienzo, cuyo uso autorizó el Congreso reunido en Puruarán, por medio de un decreto, creando las banderas nacionales de guerra, comercio y parlamentaria que debían usarse por todos los insurgentes a partir del 3 de julio de 1815, porque

es consiguiente aparecer en el mundo con todos los caracteres y señales que según el derecho de gentes indican un gobierno supremo y libre de toda dominación extranjera, conformándose con la costumbre adoptada por las naciones, ha resuelto establecer en la forma siguiente las banderas nacionales con que deberá anunciarse, así en mar como en tierra, la guerra, la paz y el comercio.<sup>49</sup>

Con todo detalle se especificaron entonces el dibujo, forma y colores de cada una de las banderas que, con el correr del tiempo, variarían. Pero, las concebidas por el Congreso en 1815 fueron las que se utilizaron por primera vez en las expediciones marítimas insurgentes.

En la misma sesión del Congreso en que se decretaron las banderas, se convino otro decreto por el que se establecieron las patentes de corso, porque:

el supremo Congreso Mexicano, empeñado en sostener la independencia de la nación, sin perdonar medio alguno que conduzca a tan interesante fin, para el que es necesario estrechar al enemigo, cortándole todos los arbitrios y recursos que pueda tener, tanto por tierra como por mar, ha decretado se abra el corso,

<sup>49</sup> *Ibidem*, t. II, p. 279-80.



Costera de Chetumal. Fot. C. B. G.



ya para los naturales, ya para los extranjeros, contra la nación española, bajo las condiciones siguientes:

1. Todo aquel que quiera armar un corso, deberá ocurrir por su respectiva patente al supremo gobierno, o a quien comisionare.
2. Los corsarios podrán expender las presas que hicieren al enemigo, donde mejor les parezca, no pagando por ahora más pensión que el cuatro por ciento. Por último mientras se fijan las reglas que deben observarse en la materia, y en el entretanto se establecen las juntas de marina, será a cargo del comandante del territorio o puerto en donde fondeare el corsario, condenar las referidas presas.<sup>50</sup>

La primera patente que se extendió en virtud de este decreto lo fue, el 15 del mismo mes, en favor de José Sauvinet para que fuera con el capitán Adriano Graval

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 281.



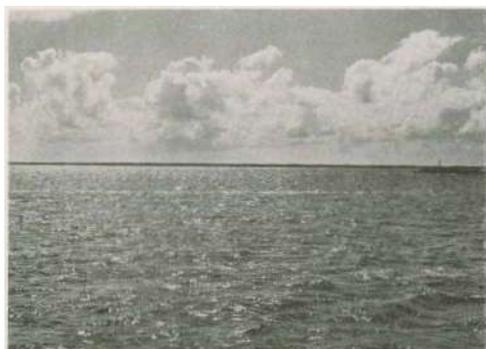
en la goleta Hidalgo, armada con un cañón de a doce libras, cuarenta fusiles y cincuenta hombres de tripulación, a recorrer los mares de la América septentrional con la bandera de la nación mexicana “haciendo el corso contra los buques y propiedades de la nación española y sus dependencias”. Le exigían, a la vez que le daban la patente, una fianza por la cantidad de cinco mil pesos que garantizaría su buena conducta, aun con los prisioneros que hiciera, y se le prohibía que agrediera naves de naciones amigas y neutrales, o a sus costas y territorios. Todas las presas debía conducir las a los puertos habitados de México, donde no podría disponer de ellas hasta que se declarara la legitimidad de las mismas.

La patente ordenaba, a la vez, a todas las autoridades nacionales que le permitieran recorrer, carenar, bastimentar y proveerse de cuanto necesitara para continuar su objeto de corso, que estaba perfectamente bien reglamentado en cuanto a la conducta de la tripulación, las partes que tocaban de cada presa que hicieran, las obligaciones que se tenían y los derechos que se establecían sobre los barcos que apresaban. En ningún caso podían tomar bienes y carga del barco apresado sino que debían llevarlo todo a puerto y allí hacer las partes necesarias de acuerdo con los convenios establecidos.

Si al abordar a otro se perdiera el buque corso, su capitán tenía derecho al casco del buque apresado. La disciplina y la obediencia fueron requerimientos fundamentales para los corsos y sus tripulaciones, y el convenio que se firmaba insistía en esos puntos imponiendo, a la vez, un sinnúmero de castigos seriados contra la menor infracción en la conducta. A la vez estimulaba la valentía y la diligencia de la tripulación concediendo mayores participaciones en el reparto del botín.<sup>51</sup>

Un ciudadano de Estados Unidos, Juan Galván, fue el primer capitán que viajó e intervino en la acción naval, susceptible de ser la primera vez en que la bandera nacional ondeó en una goleta mexicana, la Patriota. Ésta, armada de una culebrina de a 18, dos cañones pequeños y un cargamento de pertrechos y municiones, trabó combate con la corbeta Numantina, a la que logró apresar cerca de Coatzacoalcos, donde Juan Galván trataba de esperar la expedición del general Terán para tomar la plaza. A los pocos días después, al salir del puerto, tuvo que enfrentarse con una escuadra española formada por una fragata y dos bergantines de guerra. Galván se vio obligado a tirar su documentación al agua y a enfrentarse con uno de los bergantines de dieciocho cañones en una sangrienta disputa, de la que salió airoso. El fin de la Patriota no estuvo a la altura de sus heroicidades porque, después de la batalla, fondeó en Coatzacoalcos por tres meses, adonde no llegaron las noticias de Terán, y partió entonces hacia Nueva Orleans para reponerse de la pérdida y falta de provisiones. Al saberse del desembarco de Mina en Gálveston, repararon la Patriota para llevar el cargamento, destinado a Terán, en ayuda de Mina, y al llegar a la barra

51 *Ibidem*, p. 281-7.



Bahía de Chetumal, hacia río Hondo.  
Fot. C. B. G.

se encontraron con que no tenía el fondo necesario para entrar en ella. Parte del cargamento se sacó y se entregó al general; aligerado así el buque, el piloto insistió en entrar al puerto e hizo el esfuerzo. La ignorancia del fondo o el descuido, causó que el buque pegara en la barra y se perdiera totalmente en diciembre de 1816, con todo el cargamento que todavía contenía.<sup>52</sup>

Sin embargo, cuando el gobierno mexicano emitió cientos de ejemplares de las patentes de corso para concederlas en Nueva Orleans, se encontraron con que no podían autorizar las patentes hasta que el pabellón nacional fuera reconocido. Herrera, encargado de entregarlas, no pudo cumplir con la misión encomendada, pues, según sus propias palabras:

he percibido que no puedo desempeñarla, ni ejercer en este territorio ninguna de aquellas funciones, sin que preceda primero el reconocimiento de nuestro pabellón: tanto que si hubiese descuidádome en granjear algunas de las muchas que se han solicitado, habría tenido que sentir de estas autoridades.<sup>53</sup>

En cambio los piratas de la isla de Barataria salieron y entraron impunemente, bajo el nombre de buques mexicanos y con bandera “inventada por no sé quién”, con perjuicio del buen nombre de la nación.

Sin embargo, se hizo el esfuerzo de comprar embarcaciones destinadas a la incipiente marina mexicana. En 26 de febrero de 1814 se compró la goleta Belona de ciento nueve toneladas, de construcción corsaria por el precio de seis mil pesos. Siguió la compra del falucho Petit Napoleón el 2 de octubre; éste tenía treinta y ocho pies de largo y costó dos mil pesos. La goleta el Moquito, el 21 de enero de 1817. Estas embarcaciones se complementaron con un sinnúmero de corsos que pulularon por los mares y causaron las quejas del embajador Onís, al dar cuenta de ello al virrey, diciéndole que para organizar el corso los insurgentes ocupaban un ex oficial del ejército de Estados Unidos, un Champlin, un tal Kaster y un conocido aventurero McGregor. Todavía en 1818 los corsos causaban dificultades y su actuación no era insignificante, pues llegaban a Nueva Orleans las presas recogidas en la costa de La Habana, Campeche y Veracruz, ricamente cargadas en número no menor de cuarenta. Pero, además, se introducían a Estados Unidos las mercancías ilegales en grandes cantidades, que provocaban las polémicas de los aduaneros con los piratas, entre los que se reconocían los nombres de Lafitte, Sauvinet, Dominique, Chevalur, Bergane, Gamby, Nicola, etcetera.<sup>54</sup>

En los años subsiguientes los corsos decayeron y el último apareció en 1821, cuando la patente se extendió a James Long.

<sup>52</sup> *Ibidem*, t. I, p. 211-4.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 216.

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 218-9.



## 19. Conclusiones

La declaración de independencia fue el corolario de sucesos seriadados, que tuvieron lugar unos en España y Europa y otros dentro de la propia colonia. Estos fueron el disparador para el Grito de Dolores. La llegada de la barca Ventura al puerto de Veracruz trajo las noticias de los sucesos e pañoles que consternaron al ayuntamiento, que propuso al virrey asumir la soberanía para conservarla religiosamente y usar el derecho de elegir a sus propios gobernantes. La facción contraria apresó al virrey y lo embarcó hacia España.

Los actos antecedentes produjeron una posterior dualidad histórica en la Nueva España pues por un lado se encontraron los opositores a los cambios, representantes del ayuntamiento (criollo), y por el otro, enfrentados, los representantes de la "tradicionalidad" colonial personificada por la audiencia. Se iban a enfrascar cara a cara en una lucha sin, ar, de intrigas, conspiraciones y levantamientos hasta que culminaron en el Grito de Dolores de Hidalgo el 16 de septiembre de 1810.

La erección de la junta central de Castilla, contados los antecedentes y consecuencias, desvió el recorrido histórico de la Nueva España y favoreció posturas independentistas acusándose la dualidad, que terminó al instalarse el imperio de Iturbide en 1821.

La revolución de independencia trastornó la tradición histórica de la Nueva España, en que las costas condicionaron la vida del interior, pues de ahí en adelante, el interior regiría la vida de las costas y el mar, y los puertos no volverían a tener el papel histórico decisivo que tuvieron con anterioridad.

El primer ejemplo de la inversión se ve en la expedición ordenada por Hidalgo a José María Morelos en contra de Acapulco. Para ello se sitió por tierra el puerto para enfrentarse luego con el fuerte de San Diego, lo que se logró al tomarse la Roqueta que interrumpió su aprovisionamiento por mar. Durante la disputa por el fuerte llegó la nao de Filipinas que hubo de dirigirse a San Blas.

Durante el periodo de contienda, San Diego obtuvo poca ayuda desde tierra y fueron las naves quienes apoyaron el puerto y el fuerte; mientras la Roqueta estuvo en manos colonialistas las canoas fueron quienes revituallaron San Diego. Los barcos de revituallamiento llegados afuera se vieron atacados por canoas en varias ocasiones, sin que se consiguiera apresarlos.

El fuerte y el puerto cambiaron varias veces de dueño. De las manos insurgentes volvió a pasar a manos colonialistas de acuerdo con el estado general que guardaba la guerra, y las pérdidas o las victorias que se iban obteniendo. La llegada de las fuerzas del general Armijo causó el desmantelamiento y entrega del puerto por Morelos después de haberse incendiado el castillo; incluso se capturó la única goleta con que Morelos contaba, la Guadalupe.



Las disputas sobre el puerto de Acapulco coincidieron con la interrupción oficial de los viajes de la nao de las Filipinas y la apertura del libre comercio de aquellas colonias por parte de la corona; pero lo importante fue el resquebrajamiento de la línea de navegación que unía sus dos ciclos, atlántico y pacífico, en Acapulco. La bandera de la independencia ondeó en el castillo el 28 de febrero de 1821 después de las conversaciones entre Iturbide y Guerrero. Pero el puerto todavía tuvo que sufrir de otro ataque, lanzado por Francisco Rionda, que puso la fortaleza a disposición de los colonialistas después de que dos buques el Prueba y el Venganza procedentes de Sudamérica llegaron con la orden de quitar la plaza a los insurgentes. Finalmente, el puerto, en forma definitiva, fue entregado al gobierno independiente como consecuencia de los tratados de Córdoba.

Aunque la toma del puerto de Acapulco resolviera la posibilidad de que los insurgentes se comunicaran con las naciones del Pacífico, es evidente que esa comunicación fue simbólica, ya que muy pronto las costas del Golfo sobrepasaron en importancia, como había sucedido con anterioridad, a las del Pacífico, pues ellas se iban a convertir en la membrana de absorción de la cultura europea que matizaría, en mucho, la historia del siglo XIX en nuestro país.

Morelos abrigó la preocupación por la necesidad de establecer esa relación con el exterior e insistió en la importancia de esa costa en función de recabar ayuda para el movimiento de independencia. Su insistencia en que se le informara de las oportunidades que en ese sentido se presentaran, fue explícita y también lo fue su relación con el comandante de la fragata Aretusa, anclada en Antón Lizardo. Esos anhelos lo relacionaron con el mundo de aventureros y oportunistas que se movían a lo largo de las costas del Golfo, pues consideraba que sólo en ellas podía establecerse el nexo con el exterior.

Al no poderse ocupar con facilidad el puerto de Veracruz, se confirmó la necesidad de sustituirlo con el o con los puntos costeros equivalentes. Por ello hubo que derivar la comunicación del centro con el mar hacia otros lugares que fueran sustitutos del papel que pudo haber desempeñado para la insurgencia el puerto jarocho.

Ello acusó el enfrentamiento con las fuerzas coloniales a lo largo de la costa, y de los enfrentamientos con navíos de los oportunistas corsarios del Golfo como Bean, los Lafitte y otros que, dentro de todo, se constituyeron en el instrumento de relación entre la independencia y los centros importantes de aprovisionamiento, como lo fueron Gálveston y Nueva Orleans.

Debemos insistir en que la dirección general de movimiento fue del centro hacia la costa, donde se buscaba la salida. La última vez en que la costa pudo haber condicionado la situación del interior tuvo lugar con la llegada de la expedición de Mina, que usó los puertos sustitutos del Golfo en 1817, y se perdió en el interior del país por haber carecido de marina y refuerzos que le llegaran desde fuera. Pero su



presencia incitó, de nuevo, la defensa marítima costera por el ejército y la marina coloniales. El esfuerzo de la colonia por cortar las comunicaciones externas insurgentes fue renovado, como se aprecia en los enfrentamientos que tuvieron lugar en derredor de Nautla, Boquilla de Piedras y otros puntos de salida.

Claramente se deduce la necesidad de la creación de una bandera nacional, con todas sus implicaciones, y la de erigir una marina que se hiciera cargo de las comunicaciones insurgentes, la cual se convirtiera, a la vez, en el embrión de la imprescindible marina nacional. Ante la imposibilidad de establecerla hubo que acudir a la formación de una marina irregular que se constituyó embrionariamente al establecerse las patentes de corso en julio de 1815.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS